

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1912

NÚM. 1.606

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



FIESTA ÍNTIMA EN LA HUERTA (VALENCIA)

cuadro de Fernando Viscaí

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Juramentos de amor*, cuento de Máximo Audouin. — *Cuadros de F. Viscal*. — *La promulgación de la Constitución de 1812*. — *Tolón. Botadura del nuevo acorazado «Paris»*. — *Misiones especiales enviadas por las Repúblicas americanas para asistir a las fiestas de Cádiz*. — *A la memoria de los héroes del «Titanic»*. — *Carlos Voisín*. — *El barón Marschall de Bieberstein*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Méjilla. Inauguración de un monumento funerario y de una escuela indígena*. — *Villacoublay. Revista de los aeroplanos militares*. — *Barcelona. Misión comercial de la Casa de América a la América del Sur*.

Grabados.—*Fiesta íntima en la huerta (Valencia)*; *Valenciana en la balsa*; *Gorgonio el pastor*, cuadros de F. Viscal. — Dibujo de Tamburini, que ilustra *Juramentos de amor*. — *Maternidad*; *Bocetos de figuras para un proyecto de monumento al trabajo*, esculturas de Julio Dalou. — *La promulgación de la Constitución de 1812*, cuadro de Salvador Viniegra. — *Tolón. Botadura del nuevo acorazado «Paris»*. *Misiones especiales enviadas por las Repúblicas americanas para asistir a las fiestas de Cádiz*. — *Carlos Voisín*. — *Cartel anunciador de la suscripción para el monumento a los héroes del «Titanic»*. — *El barón Marschall de Bieberstein*. — *Méjilla. Inauguración de un monumento funerario y de una escuela indígena*. — *Villacoublay. Revista de aeroplanos*. — *Barcelona. Banquete en honor de los Sres. Pont y Vehils. Los indicados a bordo del «Infanta Isabel»*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

A estas horas y si fuerza mayor no lo impide se estarán celebrando en Cádiz las fiestas del Centenario de la Constitución de 1812 y el Congreso de la prensa española organizado con dicho motivo. Por más que la libertad de imprenta fuera un hecho desde los preludios del alzamiento de 1808 y aparecieran por doquier hojas y publicaciones de carácter periódico, su verdadero y definitivo impulso nació de las Cortes y de su reunión en Cádiz. Por la parte que tomó Cataluña en aquel movimiento, por haber sido el antemural de España, por la intervención que tuvieron en la Asamblea sus hijos más ilustres, como el Dr. Dou, Capmany y Aner, bien podemos tratar hoy de aquella fecha como de algo privativo y dirigir una mirada a los orígenes del periodismo español, apenas conocidos de los propios periodistas profesionales, cuanto menos del público.

Hasta dicho momento y aparte de algunos periódicos de más antiguo privilegio, como el *Diario de Barcelona*, el de *Avisos de Zaragoza*, el *Mercurio de Madrid*, habían surgido diarios y semanarios al calor de las Juntas de provincia y con un criterio patriótico o nacional más bien que político. Respondían a la avidez de la multitud por conocer las noticias de las operaciones militares y por confortar su espíritu de resistencia con una recíproca emulación, de ciudad a ciudad y de comarca a comarca. Mas la aparición de la prensa política en sentido moderno, aunque más o menos embrionaria por la forma data de la reunión de Cortes y toma súbito vuelo desde 1810, llenando todo este primer período constituyente, hasta 1814.

* *

Cádiz debía ser, por de contado, la ciudad preferida. Así como fué la «cuna de las libertades patrias», según la vieja frase doceañista, erigióse también en cuna del periodismo español. Se acercan a sesenta los periódicos que allí vieron la luz: cinco de ellos salían en la Isla de León y los restantes en la capital propiamente dicha, de un modo fortuito elevada a capital del reino y a refugio y corte de todos sus poderes. Esta momentánea concentración de elementos intelectuales y políticos, de todo linaje y catadura, originó una vida intensa, agitada, pintoresca y de animación difícil de describir. Con el personal del Consejo de Regencia, con los ministros y sus oficinas, con los diputados, militares, pretendientes, fugitivos de las provincias invadidas y aventureros de toda laya que allí se refugiaron, Cádiz aumentó extraordinariamente su población, tomando el aspecto de una grillera enorme y alborotada. La gente rebotaba por todos lados, no cabía en las estrechas viviendas, dejaba desde las primeras horas del día sus incómodos alojamientos y se lanzaba a husmear por los cafés, mentideros y tertulias de la ciudad, en busca de noticias y sorpresas.

La calle Ancha era el punto de reunión general de tanto desocupado y la bolsa en que se cotizaba toda novedad o infundio. Así, los periódicos de aquellos días abren una rúbrica especial: *Calle Ancha*, por el estilo de la información o «movimiento político» de ahora y, maquinalmente, la reproducen muchos diarios de otras poblaciones que no tienen tal calle, o la adaptan según alguna equivalencia local. Y un sinnúmero de escritores, de gaceteros improvisados, de plumistas y grafómanos, cuidan de

mantener la más elevada temperatura en ese gran hervidero de pasiones y sobresaltos.

Gallardo y Mejía redactan *La Abeja Española*, punzante, volteriana y con toda la virulencia propia del primero; Capmany escribe *El Centinela de la Patria*; Beña, *El Correo Político*; Clemencín y don Eugenio Tapia publican *La Gaceta de la Regencia*; Alcalá Galiano y Pizarro, *El Imparcial*; Quintana y Vadillo, *El Observador*; Martínez de la Rosa, don Juan Nicasio Gallego, Daza, *El Redactor General*, sin duda el más entonado, importante y bien escrito; Cancelada, *El Telégrafo Americano*; Antillón, Calvo de Rozas y fray Andrés del Corral, *El Tribunal del Pueblo*; Fernández Sardino, *El Robespierre Español*, en que colaboró ardentemente su esposa Carmen Silva, nombre que, por extraña coincidencia, es el mismo seudónimo adoptado mucho después por la reina de Rumanía, sin pensar que lo había ostentado una jacobina furiosa. Este periódico, dicho sea de paso, no pretendió menos que entronizar en España el régimen del Terror, dando una nota absolutamente excepcional, que no encontró eco en ninguna parte y que no había de reproducirse sino largos años después.

* *

Tales eran los órganos más leídos y autorizados del bando liberal o reformista, debiendo señalar también por su singularidad de forma o procedimiento literario y por su intención agresiva, el que Ogirando, Pérez Ramajo y el docto humanista Sánchez Barbero publicaban con el título de *El Conciso*, y al cual hacía coro, como suplemento o hijuela, *El Concisín*. En la generalidad de aquellos diarios echábase de ver lo que tuvieron de improvisación atropellada. Improvisáronse entonces los periodistas como se improvisaron los oradores, los políticos y los generales, nacidos todos del mismo sistema de *guerrillas* que predominaba en la resistencia contra el invasor. Los papeles públicos insertaban largas y sonoríferas elucubraciones, truncadas allí mismo donde acababan el número o el espacio disponible. Los géneros periodísticos que se han precisado y delimitado después: el artículo, la crónica, la revista teatral, el suelto político alado y vibrante, apenas asomaban entonces, caóticamente enmarañados. Pero en *El Conciso* es, por ventura, donde aparece más clara la intuición del periodismo como arte propio, como obra de amenidad y, a la vez, de eficacia persuasiva, como talento de condensación.

Muchos de sus comentarios, rápidos y breves como una saeta, dieron la vuelta a España, popularizando el nombre y la especialidad que el periódico había hecho de la concisión. «Aquí—decían los redactores en su prospecto—no ha de haber cosa que no concluya en el día que principie. A esto que para ciertos geniecillos no deja de ser una ventaja, se añade que, o hemos de poder poco, o se ha de hallar el lector, por cuatro cuartos y en cuatro minutos, como quien no dice nada, orientado de cuanto ocurre en esas cortes extranjeras como de lo de su casa...» Por lo demás, se mantuvieron fieles a su propósito y *El Conciso* llegó a tener imitadores que se esforzaban en escribir notas contenidas y de mucho sentido.

* *

Pasando a los campeones de la tradición en esa prensa de Cádiz, así que se hubo generalizado la contienda entre liberales y serviles—esta distinción la introdujo Tapia—deben mencionarse en primer término el padre Alvarado y sus famosas *Cartas del Filósofo rancio*, aparecidas al compás de las discusiones de las Cortes; el padre Vélez, autor de la *Apología del Altar y el Trono*, pero que también escribía en los papeles diarios, y fray Agustín de Castro, que redactó más tarde *La Atalaya de la Mancha*. Los periódicos gaditanos que más se distinguieron en el bando antiliberal, aunque todos menos importantes o divulgados que sus contendientes, fueron: *El Articulista Español*, publicado por Risco; *La Gaceta del Comercio*, a cargo de Pastor Pérez; *El Procurador General de la Nación y del Rey*, en el cual colaboraban Hualde, Esteban, Molle y el marqués de Villapanes, y *El Sol de Cádiz*. A la primera ojeada se observa una diferencia no simplemente de ideas, sino de forma, de estilo y de lenguaje entre los periódicos de esas dos tendencias. Y mientras los liberales y novadores propenden a la forma incisiva y breve del estilo francés o a cierta elegancia incolora y cosmopolita, los rancieros discuten *more forense* o en términos ergóticos cuando no gerundianos,

Sevilla ocupa el segundo lugar, después de Cádiz, en el nacimiento del periodismo español. Es curioso observar que los periódicos sevillanos, contra lo que ocurría en la última de las indicadas poblaciones, se distinguieron por su marcado color antirreformista. El padre Gil había ejercido en gran parte de Andalucía una verdadera dictadura, como el padre Rico en Valencia, el padre Puebla en Granada, el obispo Menéndez de Lúcar en Santander. Los papeles sevillanos parecían combinar a menudo el sentido español intransigente con el buen humor proverbial de la tierra y la gracia de los tipos y locuciones populares. *El Correo del Ejército francés* salía redactado en verso por «el Tío Porrizo»; aparecieron también *El Tío Tremendo* y después *La Tía Norica*, obra de D. José María del Río, que fueron las producciones periódicas de mayor difusión y tirada. En *El Diario Crítico de Sevilla* escribía D. Nicolás Pérez, llamado *el setabiense*, y otro seudónimo que figura mucho en las polémicas de aquellos días, *Mirtilo sicuritano*.

Publicábanse también *La Gaceta de Londres*, *Los ingleses en Sevilla* y *Juan Verdades*. Fray Tomás Navarra daba a luz, con desmandada violencia, *La Pildora*; el padre Gil, redactaba con gran ascendiente sobre la multitud, *La Gaceta Ministerial de Sevilla*, y el inagotable grafómano Montero de Espinosa *El Directorio Eclesiástico y Político*. Para defender ideas modernas y liberales salió más tarde el *Diario del Gobierno de Sevilla*, que escribían D. Mannel de Valbuena, archivero de Indias, y el canónigo López Cepero, famoso diputado en las Cortes de Cádiz, que también había publicado *Sevilla libre*, levantando una verdadera tempestad de protestas e impugnaciones. Y el docto y tímido D. Alberto Lista, a reserva de afrancesarse después, escribió *El Espectador Sevillano*, siguiendo las inspiraciones de la Central, aunque contada la atenuación meticulosa propia de su carácter.

* *

Y, después de Sevilla, la mayor intensidad en el cultivo de la prensa durante los años de las primeras Cortes, corresponde a Mallorca. En Palma se habían refugiado también, desde los comienzos de la guerra, infinidad de forasteros y fugitivos, que pasaban de cuarenta mil a mediados de 1811, después del asalto de Tarragona y que, añadidos a la población isleña daban salida a no pocos periódicos políticos o sencillamente «noticiosos», como entonces se decía. Hay que citar el *Diario de Mallorca*, fundado por el capellán castrense Hernández de Morejón, después testigo y cronista del sitio de Zaragoza; el *Diario de Palma*, que era el mismo de Brusi, cuya imprenta se había trasladado allí; *La Aurora Patriótica Mallorquina*, órgano del grupo liberal acaudillado por el ardiente diputado aragonés e insigne geógrafo D. Isidoro de Antillón; *El Diario Político Mercantil*, de efímera existencia; el *Semanario Cristiano Político*, escrito por el padre Strauch, más tarde obispo de Vich, que murió fusilado durante el período constitucional del 20 al 23; *La Antorcha*; *El Amigo de la Verdad*; el *Diario de Buja*, satírico en mallorquín; *El Cometa*, y otros papeles y hojas de circunstancias por el estilo.

Cádiz, Sevilla y Palma fueron, pues, las capitales periodísticas del reino mientras duró la invasión napoleónica, no correspondiendo a Barcelona la parte que hubiera tenido en la difusión de los diarios, a causa de haber estado siempre en poder de los franceses. Otra serie de publicaciones merece mención aparte y es la de los «afrancesados», en general muy bien escritos por plumas españolas, bajo el poder o inspiración de las autoridades intrusas. A la cabeza de aquéllas figura el *Diario de Madrid* que comenzó a publicarse el 10 de mayo de 1808 y en el cual andaba la mano de Marchena, como anduvo en el *Moniteur*, en tiempos de la Revolución francesa. Debe mencionarse también *La Gaceta del Gobierno de Vizcaya*, que dirigió D. Julián de Velasco; *El Imparcial* de Madrid, publicado por el canónigo Estala, del grupo de Moratín, y la *Gaceta de Sevilla*, a cargo de Lista, durante la ocupación por los franceses...

Tal es el esbozo general de ese cuadro sobre los orígenes de la prensa española, cuyo centenario se celebra estos días, directamente enlazado y confundido con el del sistema constitucional en España. La parte que tuvo Cataluña en todo ello, la que toma actualmente en la conmemoración, han despertado los recuerdos que acabo de trasladar a mis lectores,

MIGUEL S. OLIVER

¡JURAMENTOS DE AMOR!, CUENTO DE MÁXIMO AUDOUIN (1), dibujo de Tamburini



Apretados uno contra otro, nos abandonábamos al melancólico encanto de aquella noche...

Mientras escuchaba distraídamente las efusiones y las chochees de aquella pobre mujer encerrada en aquel asilo de incurables y a la cual, además de un poco de dinero y algunas golosinas, llevaba yo la limosna, tan dulce para el corazón de los viejos, de un recuerdo, contemplaba penosamente impresionado la desnudez conventual de aquel locutorio, frío hasta dar angustia, feo hasta producir la impresión de una pesadilla, con sus paredes de una blancura cruda, verdosa en algunos sitios, con las sillas puerilmente alineadas, con las invariables roturas de sus cortinas meticulosamente remendadas y con las imágenes de santos de bordes amarillentos puestas en marcos churriguerescos.

Una tenue claridad filtrábase por dos estrechas ventanas que daban a un patio sin vegetación y sin sol. Respirábase allí ese olor especial de lejía y de yodoformo de los hospitales, y no se oía más ruido que un sonido lejano de órgano que tocaba un himno triste como un lamento y la voz temblorosa de la vieja que charlaba sin descanso.

Mi Santiaguito, que me había acompañado y a quien la buena mujer colmaba de caricias, apretábase contra mí, algo asustado también.

¡Oh! ¡Era posible que alguien se resignase a vivir en aquella tumba, a modo de cadáver viviente!..

Abrióse una puerta. En la sala contigua, sin duda una sala de dispensario, había un grupo de mujeres que rodeaban a una religiosa, la cual, esbelta y elegante, iba de una a otra curando sus asquerosas llagas, con mano ligera, sin repugnancia aparente y teniendo para cada una una palabra de consuelo y una sonrisa.

Fué el contraste entre esa gracia y aquella mise-

ria, o el recuerdo de una actitud, de un gesto, reconocidos en la duración de un relámpago, o yo no sé qué oscuro presentimiento; pero es lo cierto que aquella aparición repentina despertó en mí un apasionado interés.

Aburrido de la charla de la vieja y curioso como todos los niños, mi Santiaguito se había introducido en la estancia contigua y le vi dirigirse a la religiosa y vi como ésta se inclinaba hacia él y lo besaba. Cuando la monja se levantó, pude al fin distinguir su rostro bajo sus tocas.

¿Era posible?.. ¡Oh, qué atroz sospecha! Por desgracia, los latidos de mi corazón no me permitían dudar por más tiempo: era realmente *ella*.

Y en el mismo instante, con una limpidez de visión implacable, reviví una de las más hermosas épocas de mi vida.

* * *

Allá, en T...les-Bains, ¡cuántos años hacía de esto!

Estábamos solos ella y yo sentados al extremo de la escollera, poco frecuentada por los paseantes; delante de nosotros, el mar se fundía en la obscuridad de la noche, no delatando su presencia más que por el ruido de ligeros embates y, a largos intervalos, por un lamento que surgía del horizonte invisible. En el cielo, ni la menor claridad; a nuestros pies, la marejada silenciosa que venía a estrellarse contra la punta de la escollera, dividiéndose allí para, a la izquierda, propagarse y perderse en el puerto, y, a la derecha, tenderse sobre la playa con un murmullo apenas perceptible.

Apretados uno contra otro, nos abandonábamos al melancólico encanto de aquella noche fresca después de un día de tempestad; y poco a poco nos invadía una languidez inefable, un bienestar producido por la caricia de la brisa, la cesación del pen-

samiento y la poesía profunda que se desprendía del infinito silencioso...

—¡Te amo, Juana!..

Ella no contestó, pero toda temblorosa dejó caer su linda cabeza sobre mi hombro y yo sentí, al través de sus ropas, cómo su corazón latía precipitadamente.

Y habiéndole yo repetido muy bajito, con los labios rozando su oreja y perdidos entre sus cabellos «¡Te amo!», confesóme que me amaba ella también desde el comienzo de la temporada.

Juana tenía diez y seis años; yo, diez y ocho apenas. Nos juramos fidelidad y amor eternos, porque en aquella edad, cuando el porvenir parece que no tiene límites, es cuando uno vacila menos en comprometerse con juramentos de eternidad.

En realidad, yo era sincero; la adoraba. Ella era divinamente linda, buena y encantadora, a pesar de una gravedad innata que, en los primeros tiempos, me imponía algo y me impedía acercarme a ella. Era una hija del mar, una hija del Oeste; pertenecía a esa raza bretona desconfiada, suavemente terca, que no se da sino después de largas vacilaciones, porque se da con la certeza de no arrepentirse, para toda la vida e irremisiblemente. Había perdido a su madre, y su padre, un viejo marino de cabotaje retirado, vivía en una casa contigua a la de mi tío, que, recientemente instalado en aquella comarca, hábame invitado a pasar las vacaciones a su lado.

Aunque educada muy libremente, era de costumbres reservadas y solitarias; yo, a mi vez, huía gustoso de la compañía de los muchachos de mi edad. La vecindad, una mutua atracción y una semejanza de gustos apacibles nos habían aproximado el uno al otro, y en pocas semanas había nacido entre nosotros una de esas castas y tiernas novelas de juventud que raras veces siguen siendo la novela de la vida, pero que, a pesar de todo, para las horas amargas en que buscamos compensaciones al presente

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

haciendo revivir el pasado, dejan en un rincón del corazón como un sutil y delicioso perfume de recuerdos.

Terminadas las vacaciones y llegado el momento de la despedida, nos repetimos nuestros juramentos, que fueron como solemnes desposorios.

—Santiago mío, ¿volverás, no es verdad? En cuanto a mí, suceda lo que suceda, prometo esperarte y si la desgracia quisiera que no volviesses, si yo no debiese ser tu esposa...

—¡Juana!, exclamé en tono de protesta.

—Te juro, amado mío, que no me casaré con otro.

Y este compromiso adquiría un relieve singular en los labios de aquella niña seria y reflexiva, de ojos oscuros y en cuya frente se marcaba obstinadamente una arruga.

«¡Volverás!..» ¡Ay! En el curso del año siguiente, mi tío, que era funcionario, fué trasladado y en lo sucesivo hube de ir a pasar mis vacaciones en el Mediodía de Francia. Y no volví.

Los azares y las necesidades de la vida llevaron por otros rumbos mi destino. Me casé y hasta pasados muchos años, por haber prescrito el médico a mi hijo los aires del mar, la ocasión y acaso también, por qué no decirlo, el recuerdo de mi amiguita llevaronme otra vez a la tierra de ésta.

Quise volver a ver su casa y en las ventanas se me aparecieron caras desconocidas. Con el corazón oprimido, practiqué algunas indagaciones y supe que Juana había vendido su patrimonio y se había marchado, nadie sabía adónde.

* * *

Y era realmente *ella*, la pobre abandonada, la que yo, perjuro, asesino de alma, volvía a encontrar en aquel asilo de incurables, dedicada, a causa de mi abandono, a los quehaceres viles, a los contactos imbéciles y repugnantes, a un renunciamiento eterno.

Sonó una campana; la vieja me pidió permiso para retirarse. Las asiladas habían abandonado una a una el dispensario y en las dos salas quedábamos únicamente la religiosa, mi hijo y yo.

Cuando, después de una larga vacilación, me decidí a marcharme, Juana volvió la cabeza hacia mí. También ella me reconoció; púsose pálida, adelgazáronse sus labios y una especie de nube fugaz veló el obscuro terciopelo de sus bellos ojos.

—¿Es de usted ese hermoso niño?, preguntóme con voz apenas temblorosa.

—¡Oh, perdón!, balbuceé.

Miróme con indecible expresión de tristeza y de reproche, que me hirió en lo más hondo de mi alma, atrajo hacia

sí el niño con gesto apasionado, dióle un largo beso en la frente y cuando se irguió, su semblante, aun-

que cubierto de mortal palidez, había recobrado su inmutable serenidad.

¡Qué infames somos los hombres, dígame lo que se quiera!



Maternidad, escultura de Julio Dalou

—¡Adiós!, dijo.

Erguida, tiesa dentro de su hábito de bayeta, alejóse sin volver la cabeza y desapareció en un corre-

guiente reproducimos. Representa la célebre ceremonia de la promulgación de la Constitución de 1812 y tiene por fondo la Plaza de San Felipe, la



Bocetos de figuras para un proyecto de monumento al Trabajo, obra de Julio Dalou

dor, dejándome anonadado de confusión, de dolor y de remordimientos.

El cuadro tiene 6'25 metros de ancho por 3'50 de alto.

CUADROS DE F. VISCAÍ

(V. las págs. 653, 660 y 661.)

El Salón Parés ha reanudado sus exposiciones artísticas, dedicando la primera de la temporada al joven pintor D. Fernando Viscaí.

El Sr. Viscaí es valenciano y discípulo predilecto del señor Sorolla y ambas cualidades se advierten en la mayoría de las cuarenta y ocho telas que en el citado Salón tiene expuestas, en las cuales demuestra el artista un conocimiento profundo, una identificación perfecta con las gentes y las tierras de Valencia, y aquel vigor de la pincelada, aquel dominio de los efectos de luz que caracterizan la obra del autor eminente de *¡Aun dicen que el pescado es caro!* y de tantos otros lienzos admirables y admirados en todo el mundo.

Aparte de varios bellísimos paisajes de Valencia y de Manzanera (Teruel), expone el Sr. Viscaí algunos notables retratos y excelentes copias de *Las Meninas*, de Velázquez, y del retrato de *Doña Joaquina Candado*, de Goya.

Los grabados que en este número publicamos permiten formarse idea de las relevantes aptitudes artísticas del señor Viscaí, cuya exposición en esta ciudad ha sido un verdadero éxito.

LA PROMULGACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812, CUADRO DE SALVADOR VIGNIEGRA.

Por encargo del Gobierno ha pintado el ilustre subdirector del Museo del Prado el cuadro que en la página siguiente reproducimos. Representa la célebre ceremonia de la promulgación de la Constitución de 1812 y tiene por fondo la Plaza de San Felipe, la perspectiva de la calle de Santa Inés y la iglesia y el convento de los Filipenses. Adosado a éste hállase el tablado desde donde se hizo la promulgación y en el que se ven las personalidades que tomaron parte en la ceremonia. La parte central y la izquierda del cuadro están ocupadas por la muchedumbre que asiste entusiasmada al solemne acto y en la que se confunden el alto prócer con el hombre del pueblo, el militar con el fraile, la linajuda dama con la graciosa manola.

Tanto en la composición en general, como en el agrupamiento de las figuras y en la ejecución acabada de éstas y de los múltiples y variados pormenores, se admira el privilegiado talento del eminente artista.

El cuadro tiene 6'25 metros de ancho por 3'50 de alto.



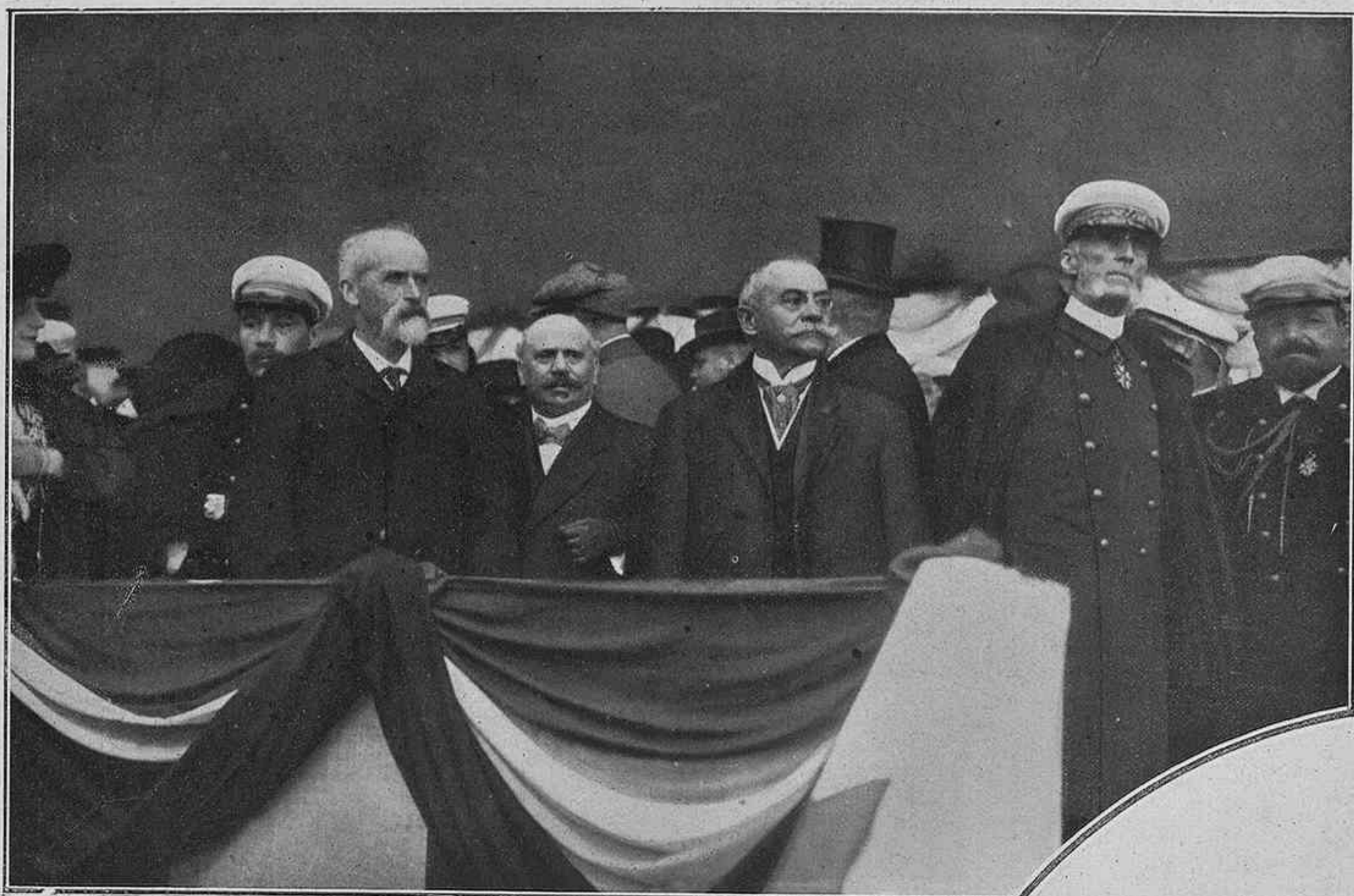
LA PROMULGACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812, cuadro de Salvador Viniegra, pintado por encargo del Gobierno para el Museo Iconográfico de Cádiz, inaugurado con motivo del Centenario de las Cortes y del Sitio de Cádiz. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

TOLÓN.—BOTADURA DEL NUEVO ACORAZADO «PARÍS»

El día 28 de septiembre último efectuóse con gran solemnidad en la rada de Tolón la botadura del nuevo acorazado francés *Paris*. No obstante la lluvia En la mesa de honor, figuraba el centro de plata dorada, ofrecido por la ciudad de París al nuevo acorazado. Es obra del escultor Pablo Rousel, vencedor en el concurso abierto al efecto en 1911 y ha sido fundida en los talleres de orfebrería de Christofle. Representa la ciudad de París ostentando desde lo alto de la popa de su nave simbólica la divisa *Fluctuat nec mergitur*; el dios de los mares y su cohorte de monstruos marinos pretenden asaltar el barco, pero son vencidos y arrojados al mar; Minerva, diosa de la guerra y de la sabiduría, empuña el timón, mientras la Victoria señala el camino que el buque ha de seguir.

Esta hermosa pieza mide 1'25 metros de largo por 65 centímetros de ancho y ha costado 32.000 francos.

Después del banquete, las autoridades y los invitados se trasladaron a bordo del acorazado *Voltaire* para proceder a la entrega de varias condecoraciones y a la del modelo de la bandera que la Asociación de la Damas francesas regala al acorazado *Paris*. La duquesa de Uzés, que en aquel acto representaba a la mencionada asociación, pronunció algunas patrió-

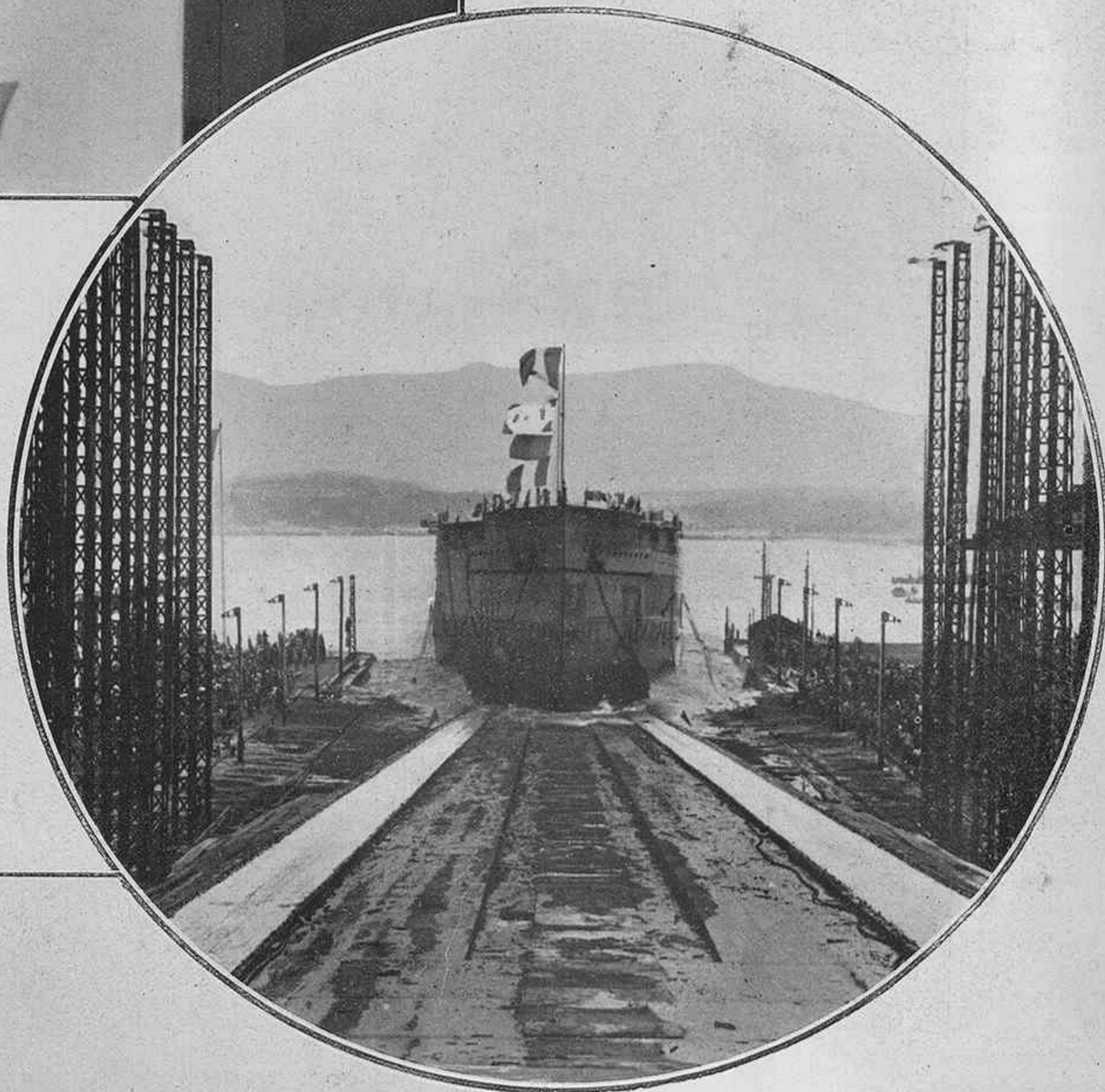


La tribuna oficial. (De fotografía de M. Branger.)

torrencial, un público enorme presenció el acto; en la tribuna oficial estaban el ministro de Marina Sr. Delcassé, el presidente, los administradores y directores de la sociedad «*Forges et Chantiers de la Seine*», constructora del buque, diputados, senadores, miembros del Consejo municipal de París, el prefecto de policía Sr. Lepine y todas las autoridades militares, navales y civiles de Tolón.

A las diez y media, el casco del nuevo acorazado, libre de las cuñas y de los cables que lo retenían, comenzó a deslizarse suavemente y momentos después entraba en el mar, mientras los concurrentes prorrumpían en estruendosas aclamaciones y varias músicas tocaban la *Marsellesa*.

Después de la botadura, los invitados fueron obsequiados por la sociedad constructora con un suntuoso banquete de 250 cubiertos, que fué presidido por el general Sebert, presidente del Consejo de Administración de aquella, a cuyos lados se sentaron el ministro de Marina, las autoridades, senadores, diputados, etc. Al final, pronunciaron patrióticos brindis el general Sebert y los Sres. Galli, presidente del Consejo municipal



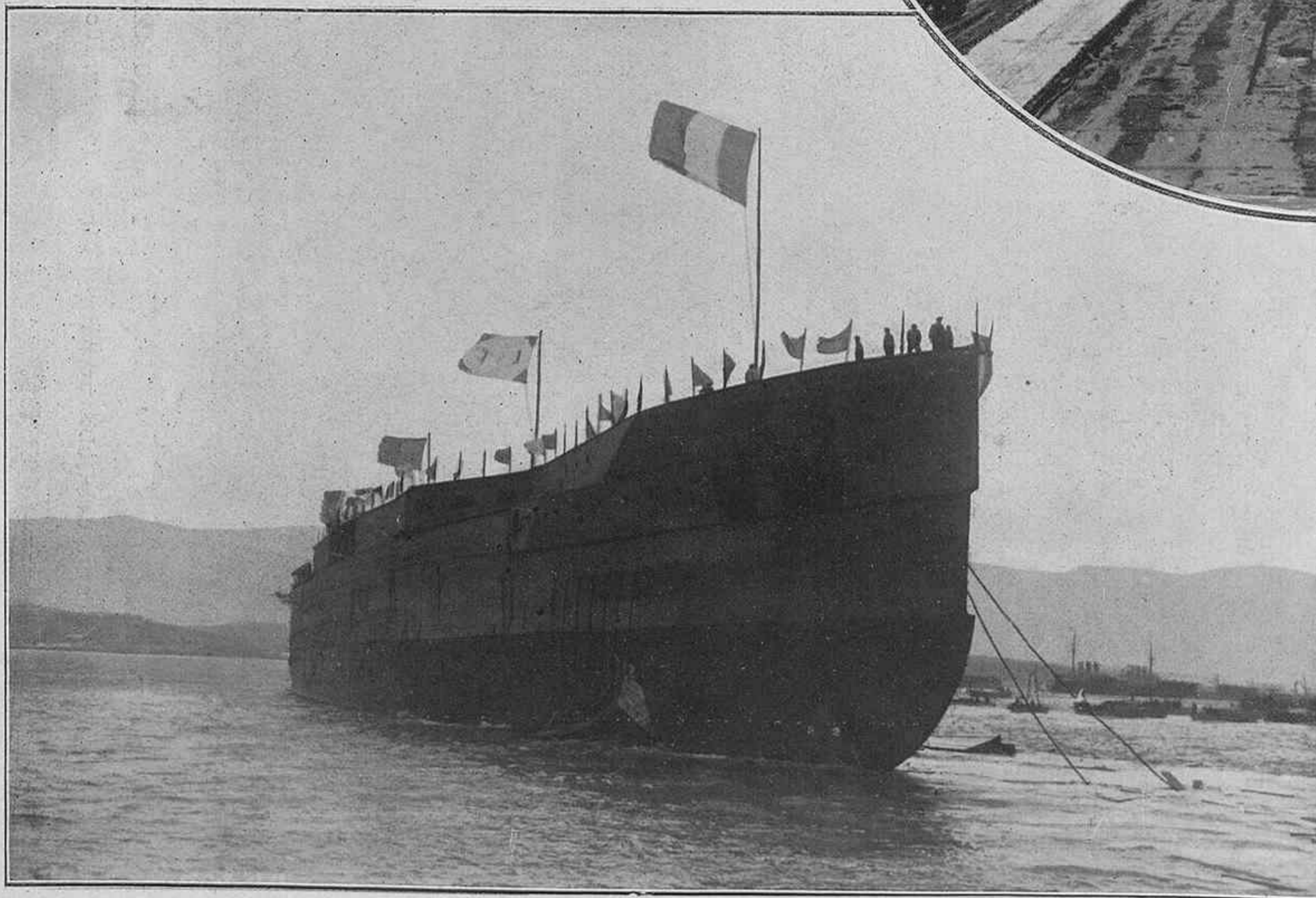
El acorazado «Paris» entrando en el mar. (De fotografía de Harlingue.)

ticas frases, a las cuales contestó con palabras de gratitud el ministro de Marina.

El acorazado *Paris*, cuya construcción comenzó en 30 de diciembre de 1911 y que estará enteramente concluido a mediados del año 1914, tiene 165 metros de eslora, 27 de manga y desplazará, una vez terminado y debidamente artillado, 23.467 toneladas. Su artillería comprenderá doce cañones de 305 milímetros, veintidós de 140, cuarenta y siete de pequeño calibre y cuatro tubos lanzatorpedos. Sus turbinas desarrollarán una fuerza de 28.000 caballos, que imprimirán al buque una velocidad de veinte nudos por hora. Su dotación se compondrá de 40 oficiales y 950 suboficiales y marineros.

El coste del nuevo acorazado se calcula que llegará, una vez terminado, a la cantidad de 65.000.000 de francos.

El acorazado *Paris* es uno de los cuatro que constituyen el programa naval preparado por el almirante Lapeyriere en 1909. Los otros tres son el *Jean Bart* y el *Courbet*, que pronto entrarán en servicio, y el *France*, que será botado al agua en el próximo noviembre.—R.



El acorazado «Paris» en el mar. (De fotografía de M. Branger.)

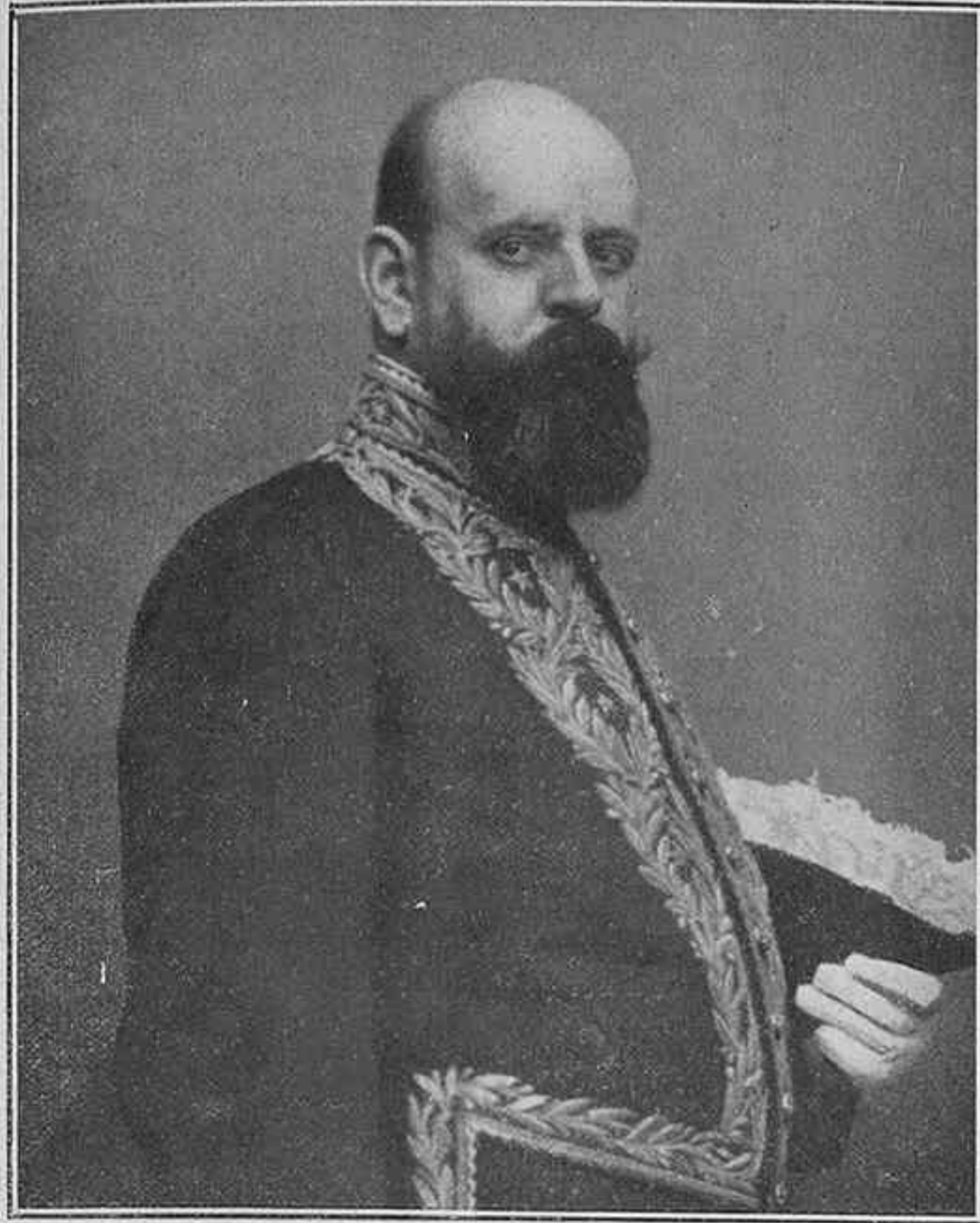
de París; Delaney, prefecto del Sena; Lepine, prefecto de policía; Muller, en nombre del diario parisiense *Excelsior*, y Delcassé.

1909. Los otros tres son el *Jean Bart* y el *Courbet*, que pronto entrarán en servicio, y el *France*, que será botado al agua en el próximo noviembre.—R.

LAS MISIONES ESPECIALES ENVIADAS POR LAS REPÚBLICAS AMERICANAS PARA ASISTIR A LAS FIESTAS DE CÁDIZ. (Fots. de Asenjo y Salazar.)

Las repúblicas latino-americanas desearon de asociarse de una manera solemne a las fiestas celebradas en Cádiz con motivo del Centenario de la Constitución en 1812 y del sitio de aquella ciudad, han nombrado embajadas especiales, designando para formar parte de ellas a las más eminentes personalidades de los respectivos países. Los pueblos d Améri-

Desde el palacio real, las embajadas se trasladaron al ministerio de Estado para asistir al banquete dado en su honor por el gobierno y al cual concurrieron, además, el presidente del Congreso, el vicepresidente primero del Senado, las autoridades, etc. Al final del almuerzo, el Sr. Canalejas pronunció un elocuente discurso significando, en nombre de Su



D. Emiliano Figueroa, ministro plenipotenciario de Chile y enviado especial para las fiestas de Cádiz

ca han querido de este modo demostrar una vez más que subsisten y de día en día se estrechan y fortalecen los lazos de afecto que los unen a la antigua madre patria; y los españoles



D. José Figueroa Alcorta, expresidente de la República Argentina y presidente de la misión especial argentina

paña entera corresponde sinceramente con igual cariño. Durante su estancia en Madrid las embajadas fueron recibidas por S. M. el Rey D. Alfonso XIII. El luto de la familia Real impidió que la recepción revistiese la solemnidad con que tales actos se celebran en nuestra corte; la ceremonia se efectuó, no en el salón del Trono, sino en el salón inmediato a la cámara de S. M. Los embajadores entregaron sus credenciales al monarca, expresándole, además, su sentimiento por el fallecimiento de la Infanta D.^a María Teresa. El Rey



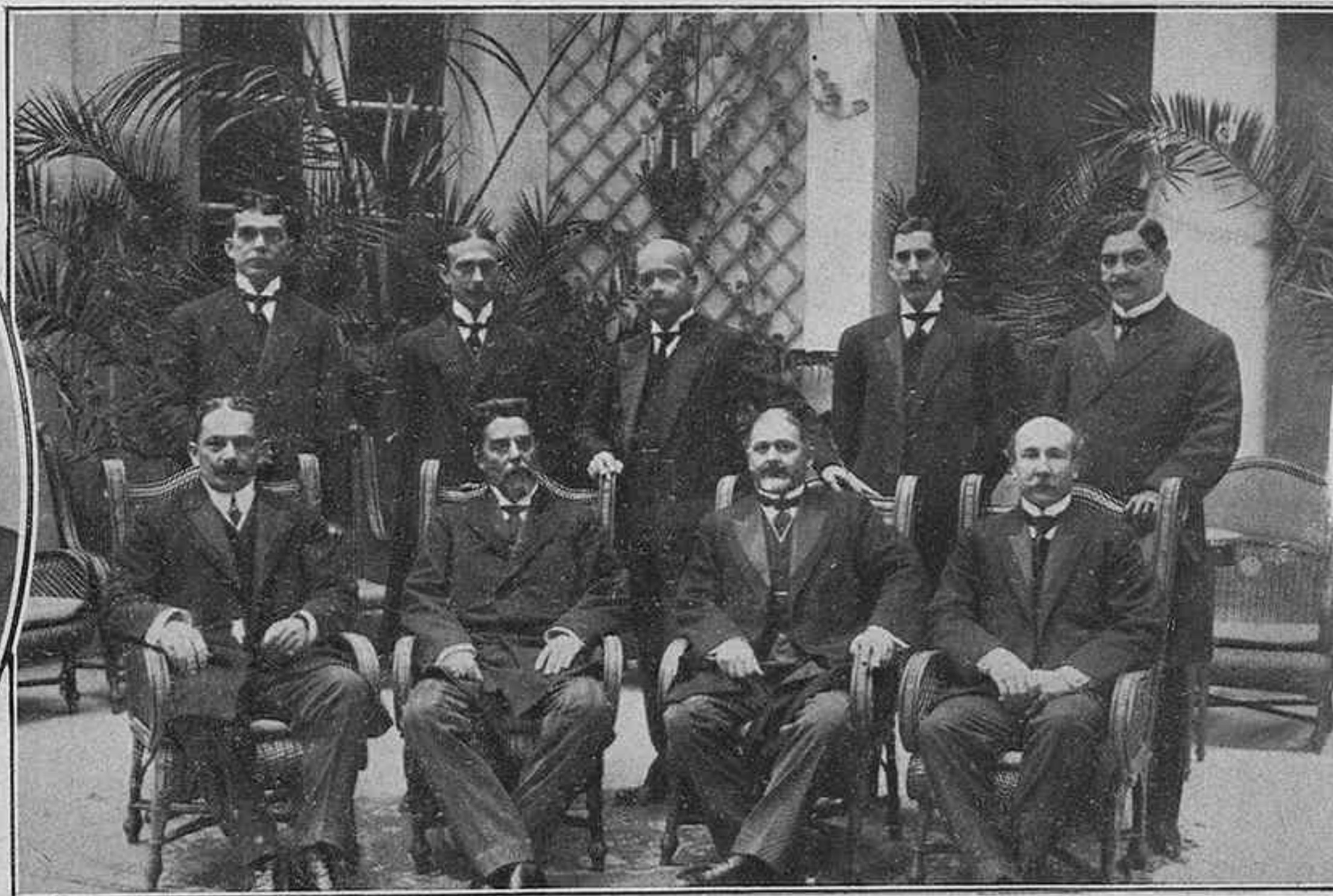
D. Romualdo Planas, ministro plenipotenciario de Venezuela y enviado especial para las fiestas de Cádiz

Majestad el sentimiento del monarca por no poder ofrecerles, a causa de las tristes circunstancias que embargan su ánimo,



D. Justo García Vélez, ministro plenipotenciario de Cuba y presidente de la misión especial cubana

todos hemos de agradecer profundamente esta nueva demostración de los cordiales sentimientos que animan a nuestros hermanos del nuevo mundo y a los que Es-



Misión especial enviada por la República de Cuba



D. Matías Alonso Creado, jefe de la misión especial del Ecuador

el homenaje que desearía asociándose con ellos a los actos solemnes que van a celebrarse en Cádiz.



Misión especial de México



Misión especial de la República Argentina

conversó afablemente con todos ellos y les manifestó la satisfacción que le causaba su presencia en las fiestas de Cádiz.



Misión especial del Perú

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



VALENCIANA EN LA Balsa, cuadro de Fernando Viscaí



GORGONIO EL PASTOR (MANZANERA), cuadro de Fernando Viscaí

A LA MEMORIA DE LOS HÉROES DEL «TITANIC»

Las damas norteamericanas han concebido un grandioso proyecto para honrar y perpetuar la memoria de los hombres que en el naufragio del *Titanic* sacrificaron serenamente, heroicamente sus vidas para que pudieran ser salvadas las de las mujeres y de los niños que iban a bordo de aquel transatlántico.

Su propósito, que consiste en levantar en Wáshington, en honor de aquellos héroes, un arco monumental como no se ha erigido otro en ninguna parte del mundo, ha contado desde un principio con el incondicional apoyo de todas las clases sociales de los Estados Unidos.

Para la realización del proyecto, las señoras más prominentes de la sociedad norteamericana han organizado una sociedad con el nombre de *The Women's Titanic Memorial Association*, que tendrá su oficina central en Wáshington y cuidará de la recaudación de las suscripciones y de todos los detalles de la obra. Esta sociedad, de la que son presidenta y secretaria respectivamente la señora de Hay, viuda del antiguo secretario de Estado, y la señora de John Hays Hamond, cuenta entre sus socias más distinguidas a la esposa del presidente Taft, a la viuda del expresidente Cleveland y a las señoras de Champ Clark, Underwood, Carnegie, Rockefeller y Scott, las cuales forman parte del comité de suscripciones.

Este comité se ha puesto en comunicación con todos los clubs de mujeres de los Estados Unidos, que son en número de 28.000, todos los cuales se hallan activamente ocupados en fomentar las suscripciones en todos los Estados de la Unión. Por su parte, la esposa del general Wood, jefe del Estado Mayor del ejército, se ha ofrecido a ponerse en comunicación con todas las mujeres relacionadas con los oficiales de todos los ejércitos del mundo, y las esposas de los jefes de las escuadras norteamericanas han acordado también dirigirse a las de los marinos de todas las naciones.

El noble pensamiento de las damas norteamericanas no ha tardado en encontrar eco en los corazones de las mujeres de la América latina, habiéndose recibido ya en Wáshington numerosos e importantes donativos y adhesiones de varias repúblicas latino-americanas. En Bolivia, por ejemplo, se ha iniciado una suscripción entre las damas principales de la capital, de la que el ministro de los Estados Unidos en aquella república, Mr. Horacio H. Knowles, dió cuenta en una comunicación, en la que, entre otras cosas, se dice:

«Desde que llegaron los detalles del naufragio del *Titanic*, he recibido muchas expresiones de condolencia por la pérdida que nuestro país había sufrido en la trágica muerte de tantos de nuestros compatriotas más nobles, más valientes y más distinguidos.

»Admirando el espléndido valor y la inquebrantable abne-

ricano Carlos Dana Gibson ha dibujado el hermoso cartel que adjunto reproducimos y en el cual se lee: «A los hombres que dieron su vida para que pudieran salvarse mujeres y niños.» Este cartel se ha fijado en todos los teatros, hoteles,

lizar la pesada y delicada misión que el gobierno alemán le confiara cerca de la corte de Londres, después de haber obtenido, durante quince años, tan brillantes victorias en Constantinopla.



Cartel anunciador de la suscripción abierta en Wáshington para erigir un monumento a los héroes del «Titanic», obra de Carlos Dana Gibson. Este cartel ha sido colocado en todos los teatros, hoteles, restaurantes, estaciones ferroviarias y demás sitios públicos de los Estados Unidos. (Reproducción de un grabado publicado en el «Boletín de la Unión panamericana».)

restaurantes, estaciones ferroviarias y otros sitios públicos de los Estados Unidos.

CARLOS VOISIN

A consecuencia de un terrible accidente de automóvil ha muerto recientemente Carlos Voisin, a quien con razón se consideraba como uno de los precursores de la aviación y que ha sido, sin duda alguna, uno de los que más han contribuido al progreso de la misma.

Dirigióse Voisin desde Lyon a Macón en automóvil llevando de compañera a la conocida aviadora, la baronesa de Laroche, que, como se recordará, sufrió en el segundo mitin de Reims una espantosa caída de cuyas consecuencias había sido restablecido milagrosamente. Al llegar al sitio de la carretera denominado La Lime, encontró el camino obstruido por otro automóvil que, a causa de una aglomeración de carros, se había visto obligado a detenerse. Creyendo que tenía el espacio libre necesario para pasar, Voisin torció a la derecha, pero imprimió al volante un movimiento demasiado brusco y el vehículo fué lanzado sobre un montón de piedras y de éste a una zanja, cogiendo debajo a su conductor. Los que presenciaron el vuelco acudieron inmediatamente en auxilio de Voisin; pero todo socorro fué inútil, pues el desgraciado había muerto en el acto.

La baronesa de Laroche fué arrojada fuera del automóvil y salió del percance con algunas contusiones de escasa importancia.

Carlos Voisin había nacido en 12 de julio de 1882 en Lyon y cuando su hermano Gabriel, el inventor, construyó los primeros biplanos que pilotaban Delagrangé y Farmán y que ganaron el premio Deutsch-Archdeacon, él se hallaba prestando el servicio militar. Terminado éste, fué el colaborador entusiasta de Gabriel y juntos fundaron en París la conocida casa constructora de aeroplanos que llevaba el nombre de «Voisin hermanos», siendo él el encargado de la dirección comercial.

Hacía algunos meses que se había separado de la sociedad, mas no por esto había abandonado la aviación, sino que se dedicaba a organizar mitines y había sido últimamente en América el empresario del famoso equipo de aviadores Garrós-Audemars-Barrier.

EL BARÓN MARSCHALL DE BIEBERSTEIN

En Badenweiler (Selva Negra), en donde estaba curándose de una afección en el hígado, ha fallecido el ilustre diplomático alemán barón Marschall de Bieberstein.

Esta muerte constituye una pérdida considerable para la política y la diplomacia alemanas, pues con él desaparece uno de los hombres que mayor impulso dieron en Europa a los intereses de Alemania y de los que más indeleble sello imprimieron en el desarrollo de la política germánica oriental.

El barón Marschall ha muerto en plena fortuna política, en plena actividad, en el momento en que se disponía a rea-

Nacido en Carlsruhe, en 1842, fué procurador de Estado en Mannheim, diputado de la Cámara de Baden y luego del Reichstag y representante del gobierno badense en el Consejo federal. En 20 de marzo de 1890, el nuevo cauciller, general Caprivi, le nombró secretario de Negocios Extranjeros, teniendo que luchar durante algunos años contra las intrigas tramadas por los agentes de Bismarck, que procuraban hacer imposible la labor de los que habían sucedido al Canciller de hierro, cuando éste cayó en desgracia del emperador. A consecuencia de una de aquellas intrigas, el barón Marschall entabló un ruidoso proceso contra los que insidiosamente le atacaban y a los cuales pudo desenmascarar públicamente.

Poco tiempo después era nombrado embajador de Alemania en Constantinopla y tan hábilmente supo conducirse, que no tardó en conquistarse la absoluta confianza de Abdul Hamid, de quien fué amigo, defensor y consejero y de quien, en cambio, obtuvo incensantes y valiosos favores para Alemania. En efecto, alemanes fueron los oficiales que reorganizaron el ejército turco; a las fábricas alemanas compró la Puerta fusiles, cañones y demás material de guerra; y en todos los ramos la industria alemana alcanzó la hegemonía en el imperio otomano.

El triunfo más grandioso del barón Marschall, desde el punto de vista de los intereses económicos, fué el obtenido en el asunto de la construcción del ferrocarril de Bagdad, asunto en el cual trabajó durante trece años y que pone en manos del comercio germánico la clave del continente asiático.

El cambio de régimen en Turquía en nada disminuyó la influencia alemana, gracias a las hondas raíces que ésta había echado en el Imperio turco.

En 12 de mayo de este año fué nombrado embajador de Alemania en Londres. Era poco después de la tan comentada visita de lord Haldane a Berlín y el gobierno alemán, queriendo realizar una suprema tentativa de aproximación entre Alemania e Inglaterra, creyó fundadamente que el único hombre capaz de cumplir misión tan difícil era el barón Marschall de Bieberstein. El ilustre diplomático ha muerto cuando apenas había puesto los primeros jalones de tan comprometida obra.

«El barón Marschall de Bieberstein, dice un importante diario francés, tenía su manera de hacer la diplomacia, como un pintor posee su manera de pintar un cuadro. Dotado de gran inteligencia y sabiendo sobre todo prever con rara sagacidad el encadenamiento probable de los sucesos, tenía el arte personalísimo de aprovechar las más pequeñas circunstancias, precisamente las que eran desdeñadas por los demás, para poner en



El barón Marschall de Bieberstein, eminente diplomático alemán, fallecido en Badenweiler en 24 de septiembre último. (De fotografía de C. Trampus.)

juego sus medios de acción especiales. Su política consistía en una mezcla sabiamente dosificada de ciencia diplomática propiamente dicha y de un profundo conocimiento de los negocios.»



Carlos Voisin, uno de los precursores de la aviación y exsocio de la conocida casa constructora de aeroplanos «Voisin hermanos», fallecido el 26 de septiembre último. (De fotografía de M. Branger.)

gación de tantos nobles y distinguidos americanos, para que pudieran salvarse las mujeres y los niños, sin distinción de razas o clases, y movidas especialmente por la iniciativa de las agradecidas mujeres de los Estados Unidos en proyectar un monumento adecuado que exprese la admiración por el heroísmo y la muerte honrosa de aquellos valientes americanos, las damas de La Paz celebraron hace pocos días una reunión en la que acordaron pedir que se les dispense el honor de contribuir a la erección del proyectado monumento.»

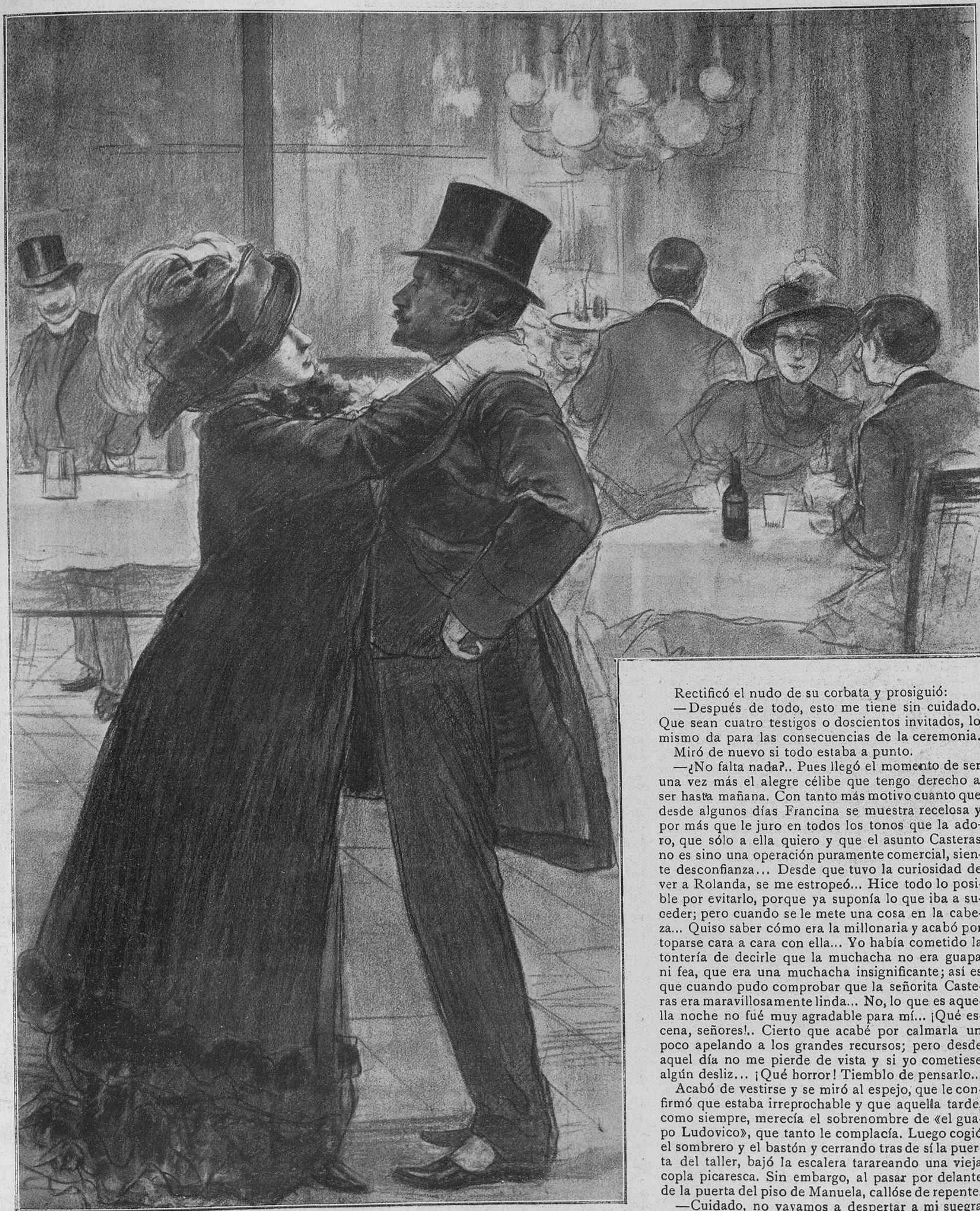
Según la misma comunicación, el donativo de las damas bolivianas consistirá en un enorme bloque de plata extraída de las minas de aquella República en el que se inscribirán los nombres de los abnegados héroes.

El monumento no constituirá un homenaje exclusivamente para los norteamericanos, sino para todos los hombres que en el *Titanic* sucumbieron y entre los cuales los había de muchas y diversas nacionalidades, y al perpetuar la memoria de aquellos héroes de la paz, simbolizará la mayor de las victorias que puede conquistar el hombre, la victoria sobre sí mismo, y el sacrificio del instinto de la propia conservación en aras de la salvación de los seres más débiles.

Para anunciar la suscripción, el célebre artista norteamer-

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Aquella mujer, apenas vió entrar a Ludovico, le echó los brazos al cuello

Rectificó el nudo de su corbata y prosiguió:

—Después de todo, esto me tiene sin cuidado. Que sean cuatro testigos o doscientos invitados, lo mismo da para las consecuencias de la ceremonia.

Miró de nuevo si todo estaba a punto.

—¿No falta nada?.. Pues llegó el momento de ser una vez más el alegre célibe que tengo derecho a ser hasta mañana. Con tanto más motivo cuanto que desde algunos días Francina se muestra recelosa y por más que le juro en todos los tonos que la adoro, que sólo a ella quiero y que el asunto Casteras no es sino una operación puramente comercial, siente desconfianza... Desde que tuvo la curiosidad de ver a Rolanda, se me estropeó... Hice todo lo posible por evitarlo, porque ya suponía lo que iba a suceder; pero cuando se le mete una cosa en la cabeza... Quiso saber cómo era la millonaria y acabó por toparse cara a cara con ella... Yo había cometido la tontería de decirle que la muchacha no era guapa ni fea, que era una muchacha insignificante; así es que cuando pudo comprobar que la señorita Casteras era maravillosamente linda... No, lo que es aquella noche no fué muy agradable para mí... ¡Qué escena, señores!.. Ciertamente que acabé por calmarla un poco apelando a los grandes recursos; pero desde aquel día no me pierde de vista y si yo cometiese algún desliz... ¡Qué horror! Tiemblo de pensarlo...

Acabó de vestirse y se miró al espejo, que le confirmó que estaba irreprochable y que aquella tarde, como siempre, merecía el sobrenombre de «el guapo Ludovico», que tanto le complacía. Luego cogió el sombrero y el bastón y cerrando tras de sí la puerta del taller, bajó la escalera tarareando una vieja copla picaresca. Sin embargo, al pasar por delante de la puerta del piso de Manuela, callóse de repente.

—Cuidado, no vayamos a despertar a mi suegra que debe estar adormecida en su butaca... Por cierto que no mejora poco ni mucho y empiezo a creer

que no llegará a vieja... Delorme dice que está herida de muerte... Lástima de mujer... Cuando estaba buena, no hace aún dos meses, era aún muy guapa mi suegra, casi tanto como Rolanda... En fin, si tenemos la desgracia de perderla, nos consolaremos.

Y como había ya dejado atrás el piso de las señoras Casteras, reanudó a media voz la canción que parecía obsesionarle. Así llegó hasta la portera.

—¿Va usted a comer, señorito Ludovico?, preguntó la señora Guichardón.

—Sí, señora.

—Será su última comida de soltero.

—Es verdad, mañana tendré hogar propio.

—Y no le pesará a usted.

—Si me pesara, demostraría ser un hombre muy difícil de contentar.

—Ciertamente. También sé de otra persona a quien no le pesará.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque hace un momento me han hablado de usted y me han preguntado por usted.

—¿Quién?

—A ver si lo adivina. Una señorita morena, guapa..., muy guapa que se casa mañana. ¿No acierta usted quién sea?

—Me lo figuro.

Y más interesado de lo que quería aparentar, preguntó:

—¿Conque la señorita Rolanda le ha hablado de mí?

—Es usted un buen adivino.

—¿Hace poco?

—Hace diez minutos.

—¿Y qué le ha dicho a usted? ¿Le ha hablado mal de mí?, dijo riendo.

—¡Mal de usted! No lo habría permitido... No, señorito Ludovico; quería saber si estaba usted en casa.

—Y usted, por supuesto, le habrá dicho que sí.

—Naturalmente, como que era la verdad.

—¿Y luego, qué ha hecho?

Ludovico, al hacer aquella pregunta, estaba a pesar suyo, algo inquieto, algo nervioso; pero la señora Guichardón no vio en ella la menor malicia.

—Luego, respondió, se puso contenta. ¡Diantrel! Tiene el derecho de ser un poco celosa y tratándose de un guapo mozo como usted, es preferible saber que está en casa y no de paseo.

—¡Celosa!., dijo Ludovico con un gesto evasivo.

Y añadió para sus adentros:

—¿Qué más quisiera yo sino que lo estuviera un poco! Pero no será ella quien lo estará, sino la otra.

Y guardando para sí sus reflexiones, se despidió de la portera.

—Hasta la vista señora Guichardón.

—¿A media noche, como de costumbre?

—Como de costumbre, sí.

—Mientras llega el hermoso día de mañana..., no me negará que será un hermoso día...

—¡Como que será el mejor de mi vida! Conque, hasta luego.

—Que pase una buena noche, señorito Ludovico.

Salió el joven de la casa y echó a andar por la avenida de los Ternos, con paso seguido como quien va a un objeto determinado, a una cita de amor o de negocios, sin entretenerse en el camino a mirar a los lados o hacia atrás. Y en realidad, aunque se hubiese vuelto, ¿qué habría visto? Nada interesante de fijo. A lo sumo, a cosa de veinte pasos, habría observado un hombre que caminaba tranquilamente y que parecía preocuparse tan poco de Ludovico como éste de aquel paseante indiferente que, sin duda por pura casualidad, ajustaba su paso al suyo de manera que hubiese siempre entre ambos la misma distancia.

Aquel hombre, sin embargo, no le perdía de vista y mientras andaba iba monologando:

—Pero, ¿adónde va tan de prisa? ¿Adónde me lleva?... Calla, ahora toma el bulevar de Courcelles... Va a Montmartre... Casi debiera yo haberlo sospechado siendo como es un artista.

Confírmole en aquella creencia al ver que Ludovico se metía en el bulevar de las Batignolles; pero cuando vio que al llegar a la plaza de Clichy torcía por la calle de Douai, se dijo:

—¡Cómo! ¿Vuelve a bajar hacia París? A ver hasta cuándo va a durar el paseo?... ¡Vaya si vuelve!.

En efecto, Ludovico seguía la calle de Fontaine y luego la de Nuestra Señora de Loreto, hasta que, al llegar a la esquina de la plaza de San Jorge, detuvo se bruscamente, abrió la puerta de un café y entró en el establecimiento desapareciendo de la vista de Cesáreo. Pero éste no pareció sorprenderse de aquella desaparición.

—¡Ajajá!, exclamó en el tono más bien de satisfacción del hombre que al fin ha encontrado la cla-

ve de un enigma... ¡Conque iba a las Rocas Negras!.. ¡Buena idea!.. También ahí tengo yo amigos.

Y casi inmediatamente después que Ludovico, penetró en el café.

Ya no existen aquellas Rocas Negras que, durante algún tiempo, constituyeron una nota curiosa de la plaza de San Jorge y fueron, hace de esto muchos años, uno de los primeros ensayos de esas tabernas artísticas que entonces comenzaban a instalarse y que pronto iban a pulular en el cerrillo de Montmartre. De día, había allí muy poca gente, y por la noche, la planta baja era un café como los demás, con una clientela algo abigarrada; pero en el fondo de aquella sala había una escalera que conducía a los sótanos, en donde los iniciados encontraban un piano y un personal aficionado de ambos sexos, cantantes, monologuistas y a veces hasta poetas líricos, de los que algunos cobraban especialmente en consumaciones y la mayoría trabajaba gratis. Entre todos, improvisaban un concierto, ignorado de la censura, y que duraba hasta la hora en que los noctámbulos, al retirarse a sus casas, encontraban a los trabajadores de la primera hora que iban a sus faenas matutinas. Todo esto sucedía, sin embargo, en aquel entonces, en un círculo reducido, y formaba una mezcla heteroclítica y curiosa de divertidas bufonadas, de inoportunos idiotas, de truhanerías a veces ingeniosas, a veces cínicas y a veces también de lindas cosas de arte que surgían de pronto en aquella atmósfera de tabaco.

Allí todo el mundo se conocía y todos los concurrentes se tuteaban, y en medio de aquel humo, el tabernero se paseaba arriba y abajo del sótano vigilando con el rabo del ojo los bocks que debían vaciarse para que los ingresos aumentaran.

Cesáreo, apenas hubo entrado, vio que su hombre no estaba en el café.

—Perfectamente, se dijo guiñándose a sí mismo el ojo. Ha bajado al sótano. Sin embargo, no es todavía la hora del concierto; pero, después de todo, quizás mi hombre lo prefiera así, para lo que tiene que hacer... En fin, miremos, que el mirar no es pecado.

Y bajando unos escalones, miró hacia el sótano.

—¡Hola!; exclamó, allí está, en aquel rincón.

Y con cierto asombro, aunque estaba preparado a no asombrarse de nada, añadió:

—Para un hombre que se casa mañana..., lo que es esta noche no se aburre...

En efecto, Ludovico acababa de sentarse al lado de una mujer bastante linda, con los cabellos teñidos de rojo y gruesa; una mujer de cierta edad, pero que podía pasar por joven al lado de tantas otras que, sin poder disimular que han doblado el funesto cabo de los treinta y a veces de los cuarenta, luchan todavía porque aquella lucha por la belleza y la juventud es, en tales casos, la lucha por la existencia. Su colorete, el tinte inverosímil de sus cabellos, su traje llamativo, sus ademanes, su voz, todo denunciaba la clase de mujer que era; por lo menos no parecían molestarla las dos o tres parejas, parroquianos como ella, sin duda, que habían ido a buscar a las Rocas Negras una soledad relativa.

Aquella mujer, apenas vio entrar a Ludovico le echó los brazos al cuello exclamando:

—¡Cómo me aburría esperándote!

—Sin embargo, no me he retrasado, dijo él correspondiendo del mejor modo que pudo a aquel recibimiento más que simpático.

—Es que si te hubieras retrasado no te recibiría así; ya sabes que no me gusta esperar.

—Ya lo sé, Francinita mía.

—¿La quieres siquiera un poco a tu Francinita, monstruo?

—Bien se ve que te quiero.

—No, esas cosas no se ven nunca claras.

—¡Si hemos de empezar con tonterías!

Se encogió de hombros y llamó al camarero.

—Agustín, ¿qué tenéis para comer esta noche?

—¿Comes aquí?, exclamó Francinita con un grito de alegría.

—Sí, contigo.

—¿Y el viejo?

—Ha tenido que ir a Ruán de donde regresará mañana por la mañana.

Mientras Ludovico y Francina celebraban su conferencia culinaria con Agustín, Cesáreo volvió a subir al café diciéndose:

—Ahora es menester entrar en el corro.

Entrar en el corro, como decía Honorat en su lenguaje pintoresco, era deslizarse de modo que pudiera ver y sobre todo oír las cosas importantes que iban a pasar entre Ludovico y aquella mujer a la que él por ahora sólo conocía por el nombre de Francinita con que el otro la había saludado. Pero ante todo, urgía saber exactamente qué era aquella

Francinita; y como la casualidad hacía que la encontrase en un establecimiento, en donde él tenía vara alta, pronto comenzó su información.

—Oye Agustín, dijo al camarero desde lo alto de la escalera.

El criado alzó la cabeza, y sin parecer sorprendido de aquel tuteo, exclamó:

—¡Calle!.. Es usted Sr. Honorat. ¡Cuánto tiempo sin verle!.

—¿Te figuras que me paso la vida en francachelas?

—No, lo que es esta noche no parece venir usted de francachela, a no ser que haya dejado usted la compañía arriba.

Y alargó la cabeza para mirar en el café.

—No, no te canses estirando el cuello; vengo solo y deseo comer tranquilamente. ¿Hay mucha gente abajo?

—Muy poca. A esta hora sólo encontrará usted personas que no quieren que las estorben y que ni siquiera se fijarán en usted.

Cesáreo echó una mirada al sótano.

—Díme, Agustín, ¿aquella de allí?.

—¿La del fondo?

—Sí, la roja regordeta.

—¿La conoce usted?

—Me parece que sí, pero no acierto...

—La señorita Francina.

—¿Francina?

—Sí, Francina Primavera.

Cesáreo hizo ver que procuraba recordar y mientras tanto el camarero oficioso iba dándole las noticias que él deseaba.

—La antigua amiga de Madeleur...

—¿Y quién es ese Madeleur?

—Madeleur Tres Zarpas, el crupier del Internacional. Por fuerza le conoce usted...

Cesáreo no había oído nunca hablar de aquel Tres Zarpas, a pesar de lo cual respondió imperturbablemente:

—¡Ah, sí! ¡Ya sé quién es! ¿De modo que han reñido?

—Hace ya mucho tiempo..., aunque todavía se ven. Ahora su amigo es ése.

—¿Y a ése le quiere de veras?

—¿Lo dice usted por lo afectuosa que está con él?

—¡Claro!

—Esta no sería una razón; pero, en fin, si le quiere... y hace tiempo que la cosa dura.

—Siendo así, es que él será rico.

—¿Rico? ¡Bah! Es un hombre que desde que le conocemos en Montmartre está entrampado con todo el mundo. Es un petardista, en una palabra.

—Sin embargo, no es ésta la profesión que indican sus tarjetas.

—Pues no le conozco otra... Él dice que es pintor, pero si hubiese de vivir de su pintura..., de seguro que no encargaría, como ha encargado ahora, una comida de cuatro francos.

—¿De modo que es ella?.

—Por de pronto, sí.

—En fin, dijo Cesáreo con indiferencia, ¡allá ellos!.. En cuanto a esa Francina, me equivocaba, no la conozco, como tampoco conozco a esas otras mujeres.

—Pues entonces, baje usted, Sr. Honorat.

—Sí, bajaré; allí estaré tranquilo.

—¿Comerá usted?

—Sí.

—En seguida le traigo la carta... El tiempo de encargar el menú de esos dos.

—Ve, ve, no tengo prisa.

Y mientras Agustín corría a la cocina Cesáreo bajó definitivamente la escalera. Llegado al sótano, dirigió una mirada indiferente a los grupos que allí había, y sin la menor afectación fué a sentarse a la mesa contigua a la que ocupaban Ludovico y Francina. Ésta casi no se fijó en él y Ludovico apenas volvió la cabeza para ver al recién llegado, que se instalaba, se quitaba los guantes y se entregaba a esas pequeñas operaciones de un hombre preocupado únicamente de comer en paz.

Pero Agustín había avisado al amo la presencia del Sr. Honorat, un artista en su género, casi una celebridad, y aquél se apresuró a saludar a aquel cliente poco asiduo, pero que a veces le traía cuadrillas alegres que dejaban en la caja recuerdos agradabilísimos en forma de buenos billetes de Banco.

—¡Ah, Sr. Honorat! Celebro verle aquí. Y en el Tattersall, ¿va todo a la medida de sus deseos?

—Enteramente.

—¿Los caballos?

—Se dejan gobernar como corderos... Y qué puede usted darme de comer esta noche?

—¿No ha encargado usted todavía? En este caso le recomiendo el *cassoulet*, que es la especialidad de la casa.

La oficiosidad del tabernero y el nombre de Honorat, de aquel picador de moda de quien había oído hablar vagamente, llamaron la atención de Francina, que mientras escuchaba aquel diálogo había levantado la cabeza.

—¿No es verdad, señorita Francina que el *cassoulet* de las Rocas Negras es famoso?, preguntó el tabernero familiarmente.

—¡Ya lo creo!, respondió ella complacida.

—Desde el momento que esa señora lo garantiza, dijo Cesáreo.

—¡Ah, no!, replicó Francina riendo. Yo no garantizo nada... Podría haber salido mal hoy..., pero, en fin, la última vez... ¿No es verdad, Ludovico?

—Era exquisito, afirmó éste amablemente.

—Pues venga el *cassoulet*, exclamó Cesáreo.

Y añadió para sus adentros:

—Mejor aun que el *cassoulet* es el tabernero, que me introduce en el corro... Porque la verdad es que estoy ya entrando en él.

Tan bien entró, que una hora después, formaba parte del mismo. Las dos mesas no se habían juntado, pero tanto el de una como los de la otra estaban tomando el café, habían encendido los cigarrillos, se habían hecho ofrecimientos mutuos y charlaban recostados en los respaldos en la postura de beatitud que sigue generalmente a una buena comida.

Cesáreo, entre chupada y chupada de su habano, refería curiosas historias de las que tenía un repertorio inagotable y su aplomo, su gracia, sus donaires divertían positivamente a Francina, que conocía a muchas de las mujeres cuyas aventuras y desventuras ecuestres refería el picador. Y los jóvenes y viejos verdes cuyas calaveradas relatava eran, en su mayor parte, personas con las cuales, tres meses antes, codeábase Ludovico todas las noches en los sitios en donde la gente se divierte y se deja explotar.

Y hablando de mujeres, de caballos, de proezas y de apuestas, aquel domador, cuyo nombre y cuyas reputación y habilidad conocía, tomaba a los ojos de Francina las proporciones de un héroe que se juega todos los días la vida por nada, por el honor, por la gloria. Poco a poco aquella mujer iba encontrándole elegante, simpático y sobre todo tan gracioso... De manera que cuando comenzó el concierto que cada noche se improvisaba en el sótano, aquellas tres personas que tan bien habían comido, divertíanse solas tan alegremente como las que estaban en torno del piano.

Ludovico había querido de todos modos pagar una botella de champaña.

—No, señor, decía Cesáreo protestando débilmente. Esta noche no he venido para correrla.

—Tampoco yo, que al fin y al cabo me caso mañana. ¿No es verdad, Francina?

—¡Es verdad lo que dice ese monstruo!.. ¡Y no le arranco los ojos!..

—Si me los arrancases, no podría verte para amarte, celosa mía.

—¿Celosa?, dijo Cesáreo. La señora no puede tener celos de nadie.

—¿De veras?

—De veras. Es una opinión personal, pero me parece que si yo tuviera la suerte de tener lo que parece tener ese caballero, no intentaría variar y sería de esa señora mientras ella quisiera.

Y levantando la copa en la que espumaba el champaña, exclamó:

—¡A su salud y a sus amores, jóvenes tortolillos!

Y así continuó la broma, mientras los cantantes, los cómicos y los poetas líricos se sucedían en el piano y el tabernero se paseaba a lo largo del sótano anunciando «el artista y la obra» que iban a oírse:

—Señoras y caballeros, un poco de silencio para nuestro compañero Machín, que va a cantarnos su última composición: *El panadizo de Josefina*.

Y al ilustre Machín sucedió una cupletista y a ésta el célebre Vaziwir que recitó el poema irónico *Los viejos galones*.

El tiempo pasaba rápidamente, tanto que Ludovico dió un salto en su asiento exclamando:

—¡Las once y media!.. ¡No es posible!

—Las once y treinta y cinco, rectificó Cesáreo.

—Razón de más para largarme a escape.

—Aun tienes tiempo, dijo Francina; quédate un poco más.

—Olvidas que mañana a las nueve, como quien dice al amanecer, he de estar de punta en blanco.

—Me parece que te preocupa mucho el atavío de mañana.

—¡Diantre!.. No tengas ganas de que la otra me encuentre impresentable... Sería capaz de volverse atrás.

—Demasiado me figuro de lo que no tienes ganas...

—¿Ya empezamos otra vez con tonterías?

—Bueno, sea. ¿Cuándo nos veremos?

—Pues...

—Arréglate como quieras, pero quiero verte mañana.

—Mañana...

—Ya te lo he dicho... Lo quiero.

—Vamos, Francina, hay que ser razonable. Mira, pongo por juez a este caballero.

—¿Qué le importan nuestros asuntos al Sr. Honorat?

—A pesar de todo apelo a él. Mañana me caso...

—¿De veras?, exclamó Cesáreo con aire de profunda estupefacción. Creía que lo había dicho usted en broma.

—Nada de broma; mañana a las nueve me presento al alcalde y al cura.

—¿Pero es cierto? ¿No me está usted tomando el pelo?, replicó Cesáreo que, comprendiendo llegado el momento de jugar a golpe seguro, se fingía cada vez más asombrado.

—¡No es broma!, dijo Francina, medio riendo, medio crispada. Se casa mañana.

—Entonces, no me explico... Porque a la señora esa boda no debe sentarle muy bien...

—¿A Francina?.. Como sabe que el amor no entra para nada en ese matrimonio...

—¿De modo que es cuestión de dinero?

—Usted lo ha dicho, respondió Ludovico.

—Sí, de dinero, afirmó Francina; y espero que algo me tocará.

—En este caso, empiezo a comprender.

—Por consiguiente, todo quedará como antes.

—Pues por esto quiero verte mañana, insistió Francina.

—Pero debes comprender que aun tratándose de un matrimonio de conveniencia hay que guardar las formas... ¿Qué demonio de pretexto quieres que encuentre?, exclamó Ludovico malhumorado.

—Ya lo encontrarás. ¡Lo que te cuesta a ti inventar mentiras! ¡Y pocas me has endosado a mí!

—¿A ti? Jamás.

—¡Vaya con el santito! Si supiera usted, Sr. Honorat... Pero, ¡bah!, estas cosas no le interesarían a usted.

—¿Quién sabe? Cuente, cuente...

—Le digo que no le interesarían. Además, ahora no se trata de esto, sino de que quiero que mañana vaya a mi casa, e irá.

—¿Y si surge algún impedimento imprevisto?

—¿Tan lejos vive la señora?, preguntó inocentemente Cesáreo.

—Nada lejos, dijo Francina en son de protesta; en la calle de Moscou.

—¿Y el señor?

—En la avenida de los Ternos.

—Vamos, joven..., le llamo a usted así porque yo soy mayor que usted... Vamos, que no está tan lejos... En dos saltos va y viene usted. Bien puede hacer esto por la señora. Sea usted amable, puesto que ella le deja en libertad por esta noche.

—Como por todas, contestó Francina suspirando. Este caballero es de costumbres morigeradas y a las doce hay que despedirse de él.

—Ya sabes por qué...

—Sí, todo lo que quieras; pero lo cierto es que todas las noches a las doce me abandonas. Sí, caballero, decía dirigiéndose a Cesáreo interesado en aquella confidencia que le abría nuevos horizontes; todas las noches el mismo programa..., y si yo no fuese tan buena como soy...

—¡Bah! Pero es usted buena y Ludovico es también un buen muchacho... ¡Ea! Ahora van ustedes a despedirse como dos buenos amigos y mañana ya verá usted cómo accede a sus deseos, ¿no es verdad?

—Bueno, sí, respondió Ludovico.

—¿De veras?

—De veras.

—Ya ve usted que es galante, dijo Cesáreo.

Y riendo con toda su alma, añadió:

—Después de todo, yo voy a ser quien se aproveche... Puesto que a usted no le gusta retirarse a media noche y que a mí tampoco me divierte...

—Es usted delicioso, díjole Francina, mirándole a hurtadillas... Siquiera es usted amable con las señoras... Ya lo ves Ludovico, merecerías...

Pero el joven, encantado del nuevo sesgo que tomaba la cosa, replicó:

—No, ya sabes que no soy celoso.

—Porque estás seguro; pero no te fíes...

—De ti me fiaré siempre.

—¡Y decir que tiene razón ese monstruo!

Y después de haberle abrazado, exclamó:

—¡Anda, vetel!.. Te detesto...

Cesáreo, que desde el comienzo de la velada iba de conjetura en asombro, de sorpresa en estupefacción,

acababa de organizar su plan de batalla con la decisión de un táctico.

Era probable, seguro, que Ludovico iba a acostarse; acompañarle, de nada o de poco le serviría y sobre todo la aventura quedaría terminada así que el joven entrase en su casa. En cambio Francina no parecía dispuesta a dar por concluida tan pronto su noche y le había lanzado, momentos antes, una mirada que, sin fatuidad, podría él calificar de simpática. Aquella mujer hallábase en el momento psicológico en que las confidencias surgen por sí solas y se suceden unas a otras sin más que dejarlas seguir su curso.

Era pues preciso quedarse con ella; por ella sabría, y sin gran trabajo, todo cuanto tenía interés en saber, todo lo que aun seguía siendo inexplicable y casi inexplicable...

Vea bien que aquel Ludovico de Queyrel era un ser equívoco, tan desprovisto de escrúpulos como de medios honrados de subsistencia. Adivinaba que vivía de expediente, traficando innoblemente con su físico y sus veinticinco años; en una palabra, que era un hombre sin dignidad y sin la menor noción de delicadeza.

La mujer, por su parte, era de las que no disimulan su temperamento ni su profesión; había sido sin duda guapa y era aún agradable. Escéptica y autoritaria, tenía la desgracia de haberse enamorado de aquel guapo mozo, lo que no podía extrañar a un hombre que la había corrido por París tanto como Cesáreo.

Sin embargo, comprendía éste al mismo tiempo, que aquellos dos seres estaban asociados en un negocio de dinero, en una intriga oscura y complicada; pero de aquí no pasaban sus conjeturas, porque la fortuna de que hablaban con tanta codicia y tan poco disimuladamente, ¿en dónde pensaban encontrarla? La madre de la señorita Rolanda, pobre mujer, nunca había sido rica y ahora no tenía nada; mejor que nadie estaba ahora Cesáreo al corriente de su lamentable historia y sabía que la dote de la joven brillaba por su ausencia. Siendo esto así, ¿qué significaba lo que desde hacía algunos horas había oído repetir a Ludovico y a Francina? ¿Qué comedia representaba, pues, aquel Narciso de largas melenas asociado con el canalla de Delorme para apoderarse de la infeliz Rolanda? ¿Y qué papel desempeñaba en todo aquello Francina?

Esto era lo que había que aclarar, lo que nadie mejor que aquella mujer podía revelar. Y esto era lo que se trataba de hacerle explicar resueltamente. Pero Cesáreo comprendía que precipitando aquella explicación no la conseguiría, porque Francina era un pájaro de cuenta que nada diría si, por desgracia, se percataba de que querían hacerla hablar; así es que redobló su prudencia.

Acababa de desaparecer Ludovico, después de haberles enviado desde lo alto de la escalera un último saludo de despedida. Cesáreo y Francina se quedaron solos, al principio algo paralizados por la turbación natural de aquel argentino coloquio frente a frente; pero el picador, comprendiendo lo peligroso que era dejar decaer la conversación, rompió en seguida el silencio.

—¡Guapo mozo!, dijo refiriéndose a Ludovico.

—Está demasiado persuadido de ello.

—¡Bah! También sabe que no es tan fácil encontrar una buena amiga como usted.

—Esto es verdad... Si supiera usted las tonterías que por él hecho... no las creería usted.

—Pues estas son cosas que no se olvidan. Además, me parece que la amistad entre ustedes es muy firme y data de tiempo.

—Hará pronto tres años.

—Es pintor, ¿no es verdad?

—Sí, respondió Francina riendo; y la prueba es que ha hecho mi retrato. Pero lo que él pinte...

—Después de todo, si no lo necesita para vivir... Hace poco hablaba de su padre, un alto militar retirado... Debe tener el riñón bien cubierto ese viejo...

—¿El viejo?.. replicó Francina haciendo una mueca expresiva. De cuando en cuando envía algún luis. Se figura que su hijo se pasa la mitad del día pintando... Si yo le dijera a usted..., porque naturalmente nuestra conversación no saldrá de aquí...

—Pierda usted cuidado.

—Pues bien, si no hubiese sido por mí más de diez y más de veinte veces se habría visto apurado.

—¡No es posible!

—Ya verá usted; cuando no tiene dinero, es necesario que se espabile, ¿no es verdad?

—Claro está, porque el dinero no viene por sí solo a nuestros bolsillos.

—En estas ocasiones juega.

—Lo cual es peligroso.

(Se continuará.)

MELILLA.—INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO FUNERARIO Y DE UNA ESCUELA INDÍGENA

En la segunda caseta, a orillas de Mar Chica, se ha inaugurado recientemente el mausoleo dedicado a honrar la memoria de los soldados muertos heroicamente durante la campaña de 1909. El monumento, construido con el producto de una subscripción pública iniciada por el diario melillense *El Telegrama del Rif*, consiste en una alta cruz de piedra que se levanta sobre un sencillo pedestal.



Inauguración del mausoleo dedicado a los soldados muertos heroicamente durante la campaña de 1909

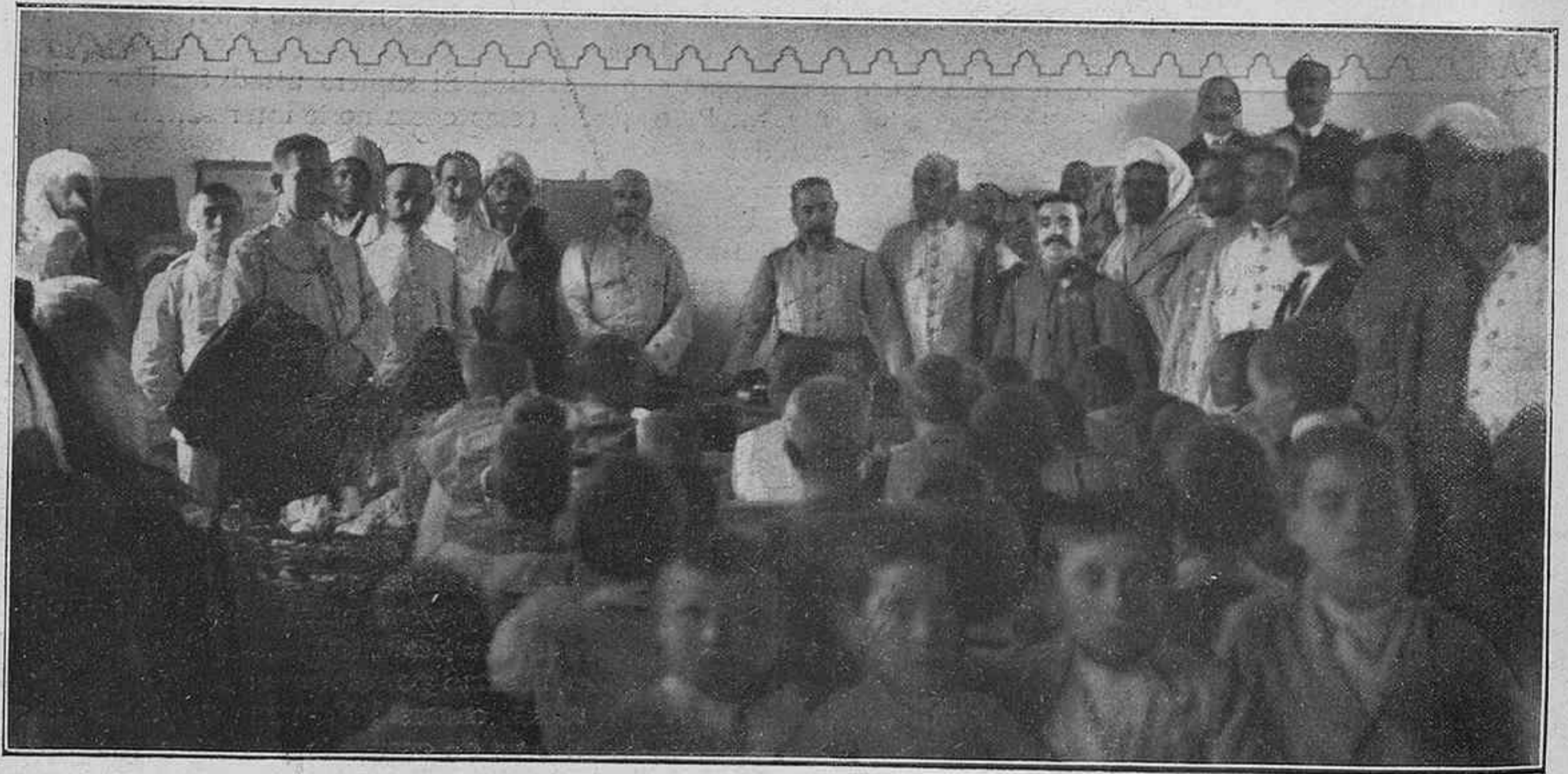
roicamente durante la campaña de 1909.

El monumento, construido con el producto de una subscripción pública iniciada por el diario melillense *El Telegrama del Rif*, consiste en una alta cruz de piedra que se levanta sobre un sencillo pedestal.

Al acto de la inauguración asistieron el capitán general de Melilla general Aldave, el general gobernador de la plaza y los generales Jordana, Palomo, Urzáiz, Sainz Parelo y otros.

Después de bendecidas las tumbas de los soldados, el general Aldave pronunció un patriótico discurso recordando la gloriosa muerte de los héroes que allí descansan y dedicando merecidos elogios al periódico *El Telegrama del Rif*, en cuyas columnas su redactor, el culto periodista y empleado de la Compañía Transatlántica Sr. Fernández de Castro, inició la idea de tributar aquel homenaje a los soldados que perecieron durante la campaña de 1909.

El Sr. Fernández de Castro agradeció



El general López Herrero presidiendo la inauguración de la Escuela indígena de Nador



Los moros notables de Nador dando las gracias al general López Herrero por la creación de la Escuela indígena y felicitándole por el elocuente discurso que pronunció en el acto inaugural de la misma.

las frases laudatorias del general Aldave, después de lo cual éste colocó gran número de flores y de coronas en el monumento.

A los pocos días efectuóse otra ceremonia de distinto carácter y de grandísima importancia: la inauguración de la Escuela indígena construida en Nador por cuenta del ministerio de Estado y bajo la dirección del capitán de Ingenieros don Manuel Pérez Beato.

Presidió el acto el general López Herrero, acompañado del coronel de Estado Mayor Sr. Ardanaz, jefe de la sección de Asuntos indígenas, y de otros jefes y oficiales de las fuerzas destacadas en aquella posición. Concurrieron también los notables de la cabilia de Mazuza, muchos niños indígenas y españoles y numerosas personalidades de Nador.

El general López Herrero leyó un notable discurso poniendo de relieve la obra pacificadora del ejército y la acción civilizadora de España y haciendo grandes alabanzas del general Aldave.

El capitán Sr. Riquelme leyó una alocución del capitán general escrita en árabe, en la que, abundando en los mismos conceptos expuestos por el general López Herrero, alentaba a los moros a asistir a la escuela y señalaba el empeño de nuestra nación en respetar las creencias y las costumbres de los indígenas.

El documento del general Aldave fué acogido con grandes aplausos y causó entre los notables moros tan excelente efecto, que ofrecieron divulgarlo en todas las cabilas, a fin de que sean bien conocidos los propósitos de España. También celebraron mucho el discurso del general López Herrero, a quien felicitaron calurosamente.

La fiesta terminó con vivas a España, al Rey y al general Aldave.

La escuela inaugurada consta de un salón para clases destinadas a enseñanzas europeas y de otro salón con menaje marroquí para la enseñanza árabe, ambos dotados de excelente material. Un amplio patio, en cuyo centro hay un pozo con abundante agua, servirá para recreo de los niños.

Hasta ahora se han inscrito en la escuela treinta alumnos.

Después de inaugurada la escuela indígena, inauguróse la casa de la Junta de Arbitrios recientemente creada para llenar las funciones municipales en aquel poblado. Los asistentes al acto fueron obsequiados con un *lunch*, durante el cual se pronunciaron elocuentes brindis.

Otra de las mejoras establecidas últimamente en Nador es el consultorio indígena, construido también bajo la dirección del Sr. Pérez Beato. Este consultorio, en el que hay todas las dependencias e instalaciones necesarias, funciona dirigido por el médico Sr. Valdés.—S.

(Fotografías de A. Rectoret.)

VILLACOUBLAY.—REVISTA DE LOS AEROPLANOS MILITARES QUE TOMARON PARTE EN LAS RECIENTES MANIOBRAS



El ministro de la Guerra Sr. Millerand pasando revista a las escuadrillas de aeroplanos militares reunidos en Villacoublay (De fotografía de Central Photos.)

Terminadas las maniobras militares francesas, el ministro de la Guerra Sr. Millerand ha querido revisar solemnemente las escuadrillas de aeroplanos que en aquéllas tomaron parte.

La revista se efectuó en el inmenso parque de aerostación de Villacoublay, propiedad de las sociedades Breguet, Astra y Nieuport, en donde se situaron los setenta y dos aparatos de diferentes tipos, alineados en una extensión de más de un kilómetro. Detrás de cada uno de ellos estaba la tienda que ha de abrigarle en tiempo de campaña; a la entrada del recinto hallábanse agrupados los camiones automóviles destinados al transporte de los aeroplanos.

A las seis y media de la mañana llegó al campo

de Villacoublay el ministro de la Guerra, acompañado del coronel Hirschauer, inspector permanente de la aeronáutica militar, siendo recibido por el prefecto

vista a las escuadrillas de aeroplanos, después de lo cual reunió en el centro del campo de aviación a todos los oficiales aviadores, los

felicitó por los resultados ya obtenidos y los incitó a perseverar en la hermosa obra a que se habían consagrado.

Terminado el acto, que fué presenciado por numeroso público, los aviadores emprendieron el vuelo dirigiéndose a sus centros respectivos de Epinal, Toul, Verdún y Belfort.

Los aparatos que figuraron en la revista proceden de las casas constructoras Astra, Bleriot, Borel, Breguet, Caudrón, Duperdussin, E.

Farmán, M. Farmán, Hanriot, Nieuport, Rep y Sommer, es decir, de todas las que en Francia se dedican a la construcción de aeroplanos.—T.



Los aeroplanos militares alineados en el campo de Villacoublay durante la revista (De fotografía de Central Photos.)

de Sena y Oise, por varios generales y por los jefes de los centros militares de aviación de Reims, Versailles y Lyon. Inmediatamente el ministro pasó re-

APIOLINA CHAPOTEAUT

Regulariza el *flujo mensual*, corta los *retrasos* y *supresiones* así como los *dolores* y *cólicos* que suelen coincidir con las *épocas*.

PARIS, 8, Rue Violenne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS PARA EJÉRCITO Y MARINA VIAJE Y SPORT TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)



Banquete dado en la Maison Dorée en honor de los Sres. Pont y Vehils que forman la misión comercial de la Casa de América a la América del Sur

La Casa de América, de Barcelona, esta importante entidad que a pesar del poco tiempo que lleva de existencia tantos y tan buenos servicios ha prestado en pro del fomento y desarrollo de las relaciones hispanoamericanas, ha organizado una misión comercial para visitar las repúblicas de la América del Sur, con objeto de estrechar los lazos que unen a éstas con España y estudiar los medios de hacer cada día más intenso el intercambio mercantil entre unas y otra.

Componen la misión, a la que el gobierno ha dado carácter oficial y que ostenta la representación de casi todas las Cámaras de Comercio y de las más importantes sociedades y corporaciones económicas españolas, los Sres. D. Rafael Vehils, secretario y alma, por decirlo así, de la Casa de América, que ha puesto toda su poderosa inteligencia, su actividad infatigable y sus entusiasmos juveniles al servicio de la patriótica causa por aquella entidad defendida, y D. Antonio de Pont, que tanto ha trabajado para introducir el consumo del algodón en España y para fomentar el intercambio iberoamericano.

La misión visitará las repúblicas del Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile, Perú y Bolivia, donde tomarán todos los datos que puedan convenir a los productores españoles y darán todos los referentes a España que puedan interesar a aquellos pueblos.

Para explicar la organización y la finalidad de la misión comercial, dió el Sr. Vehils en la Casa de América, cuyos salones hallábanse llenos de un público distinguidísimo, una interesante conferencia, en la que con frases elocuentes expuso la necesidad del americanismo en España, estudió los ensayos y las manifestaciones hechas hasta ahora para estrechar los lazos de unión entre nuestra nación y las repúblicas americanas, leyó una alocución destinada a los españoles residentes en América y expresó las fundadas esperanzas que la misión permitía concebir.

Al día siguiente, los Sres. Pont y Vehils fueron obsequiados con

un espléndido banquete que se celebró en la Maison Dorée y al cual asistieron más de cien comensales. Ocupaban la mesa presidencial, además de los agasajados, los Sres. Viñas, presidente de la Casa de América; Rahola, presidente del Instituto de Estudios Americanistas; Riera, presidente de la Cámara Americanista de Relaciones Comerciales; el general Zelaya, expresidente de la República de Nicaragua, y Boniquet, capitán del nuevo transatlántico *Infanta Isabel*.

Entre los concurrentes figuraban los cónsules de casi todas las repúblicas americanas y representantes de las Cámaras de Comercio e Industrial, del Fomento del Trabajo Nacional y de otras muchas entidades, habiendo, además, enviado sus adhesiones las autoridades y muchas personalidades importantes. Pronunciaron elocuentes brindis los Sres. Rahola, cónsules de la Argentina y de Chile, representante de la Juventud Argentina, Vehils, Pont y Corominas, presidente de la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona.

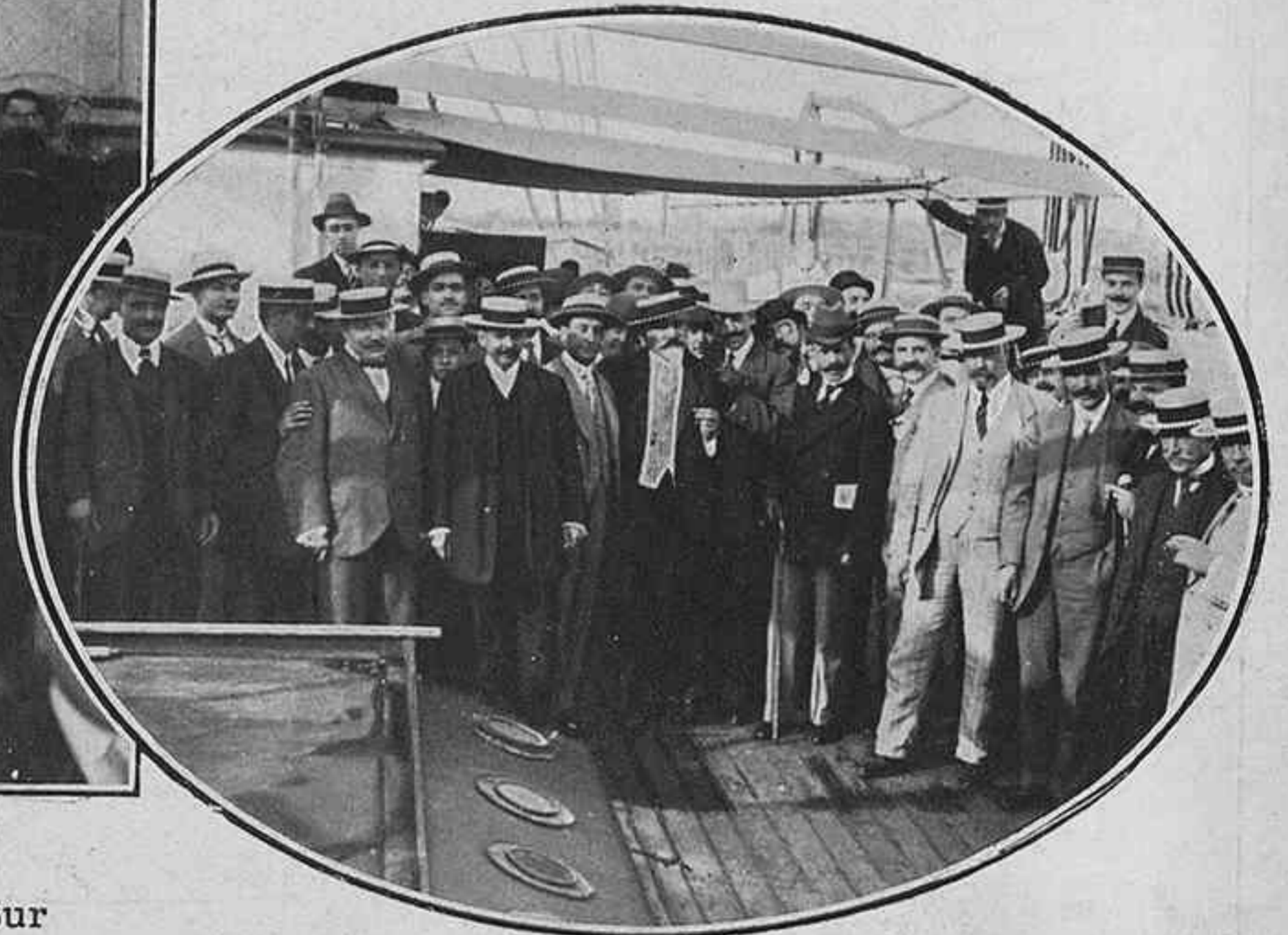
El día 28 del mes pasado, los Sres. Pont y Vehils emprendieron su viaje en el nuevo transatlántico *Infanta Isabel*, habiendo ido a despedirlos a bordo la Junta de la Casa de América, varios cónsules americanos, representaciones de entidades económicas, industriales y comerciales y numerosos particulares.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que desea y espera el más feliz resultado de la misión comercial, da sus más entusiastas plácemes a la Casa de América, que con tan alto patriotismo y con tanto acierto la ha organizado.

BARCELONA

MISIÓN COMERCIAL DE LA CASA DE AMÉRICA
A LA AMÉRICA DEL SUR

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Los Sres. Pont y Vehils a bordo del «Infanta Isabel» momentos antes de emprender su viaje a América

NUEVA IMPRESIÓN DE OBRAS NOTABLES

FAUSTO

de Goethe

TRADUCCION EN VERSO DE TEODORO LLORENTE

COLOMBA

de Merimée

TRADUCCION DE F. SARMIENTO

Agotadas las ediciones de estos preciosos libros y con el propósito de atender á los numerosos pedidos que tenemos, hemos decidido completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta al precio de 5 pesetas ejemplar encuadernado, para los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados; 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holzt.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN